

# AMOR *Tormentosa*

ROMANCE JUVENIL Y  
PRUEBAS AL AMOR VERDADERO



MARTA ESCUDERO



---

# AMOR TORMENTOSO

---

*Romance Juvenil y Pruebas al Amor Verdadero*



Por Marta Escudero

© Marta Escudero 2017.

*Todos los derechos reservados.*

Publicado en España por Marta Escudero.

Primera Edición.

*Dedicado a;*

*Marta, por cuidar de mi hermano.*

*Mario, por inspirarme a ser más.*

***[Haz click aquí](#)***

**para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir  
libros gratis**

## I

Todo parecía estar borroso, sentía una sensación extraña como si no estuviera dentro de su cuerpo y que la realidad que pasaba fuera de sí, la estuviera apreciando desde ojos ajenos.

Veía el horizonte, sin distinguir figura alguna, y un escalofrío recorría su espalda hasta llegar a su nuca; tenía miedo, no sabía por qué ni de qué, pero él tenía miedo. Con un pestañeo, el horizonte se contrajo y se convirtió en una sala de estar, conocida, extrañamente familiar, pero aún así no se sentía cómodo.

La habitación estaba vacía, estaba seguro que la conocía, pero no daba con el nombre del lugar ni ningún elemento concreto de su pasado allí.

Pudo divisar el mismo horizonte a través de la ventana: un camino despejado que se extendía hasta donde la vista podía llegar a ver, y un sol ocultándose en el fondo; él reconoció los puntos cardinales, único pensamiento cuerdo hasta entonces, aunque presentía que eso no le ayudaría de nada.

Un ruido penetró en aquella habitación, asustado, volteó y vio deslizarse una pelota por los pies de la escalera, y detrás de ella una niña. Una niña como de otra época, inmaculada y vistosa, con su cabellera castaña recogida con dos pequeños lazos simétricos en su cabeza y su vestido de flores azules.

La pequeña criatura bajó las escaleras y detrás de su juguete y se detuvo al sentirse observada; volteó la cabeza hacia donde estaba él pero no reparó en su presencia. Él siguió sintiendo miedo. Se preguntó por qué no lo había visto, mientras un gran sentido de insignificancia se sumaba a la masa de sentimientos que lo ahogaban.

La niña se marchó corriendo, como asustada de algo que no podía ver pero que sabía que estaba detrás de ella, al acecho, algo que le provocaba un gran miedo. Él fue tras de ella, persiguiendo la tonta idea de que esa niña era la razón del porqué se encontraba en ese extraño lugar.

Emprendió un paso veloz pero intentando no hacer ruido, se dio cuenta de que todo se encontraba en un extraño silencio. Atravesó aquella

sala hacia la puerta principal de la casa, la cual estaba inundada en una incandescente luz blanca, cruzó aquel umbral y quedó ciego por unos segundos.

Al recobrase de aquel repentino exceso de luz, se sintió desorientado. La sala de un hospital; frío e impersonal. Ahora nada se le hacía familiar, nada se le hacía conocido, y se sorprendió al admitir que se alegraba por eso. Empezó a caminar entre aquellos pasillos solitarios, y creyó haber caminado por mucho tiempo.

Encontró una puerta abierta, y se dirigió a ella. Con precaución se asomó apoyando su cuerpo de la pared, y sintió un vacío en el estómago al ver el interior de aquel pequeño cuarto a una persona sentada en la cama, con el ánimo caído.

El pestañar se encontró sentado al frente de un hombre viejo, el que había visto tan solo un segundo antes, de rostro apacible y amable, pero que igual le ejercía un gran miedo. Entre ellos se encontraba un tablero de ajedrez con una partida empezada, él sintió que estaba perdiendo, pero no recordaba cuando había comenzado a jugar.

- No terminará hasta que tú lo decidas, pero tus aliados sufrirán la consecuencia de tu indecisión.

Dijo aquel viejo mirándolo directamente a los ojos. Él intentó contestarle, preguntarle quién era o qué hacía allí, pero fue imposible gesticular sonido alguno. Le devolvió la mirada a aquel sujeto y sintió como si lo conociera de hacía mucho tiempo, sin poder recordarlo. Se sintió invadido por una gran intriga, empezaba a pensar que nunca saldría de ese lugar, de esa locura sin sentido en la que estaba viviendo.

El frío en su nuca empezó a convertirse en calor, y con eso la desesperación aumentó en él. De un tirón derrumbó el tablero al suelo y con todas sus fuerzas gesticuló un grito, que no provocó sonido alguno. El viejo impasiblemente lo miró con una triste alegría, como el padre que ve a su hijo caerse al intentar aprender a manejar bicicleta.

Sintió vergüenza de sí mismo y sus ojos se cerraron, se calmó un poco y al abrir los ojos se encontró de nuevo en la habitación anterior, sentado en el mueble al lado de la ventana con aquel horizonte sumido en silencio. Escuchó de nuevo el sonido de la pelota deslizándose por los escalones y

esperó ver a la niña buscándola.

Pero no fue una niña lo que se cruzó por sus ojos. Una mujer, delgada y atractiva, con su cabello castaño recogido en una cola de caballo y un casual vestido azul de flores. Se agachó para recoger la pelota, y al incorporarse, volteó la cabeza hacia él. Pudo observar unos ojos tristes y vidriosos, bañados por lágrimas que se deslizaban hasta caer al suelo desde el borde de sus mejillas.

Él empatizó con aquella mujer, y sintió como si conociera el motivo de su llanto. Ella al verlo, no hizo como si no lo conociera, en cambio se fue acercando a él lentamente. Él se sentía más nervioso a medida que se acercaba hasta su lugar, una mezcla de atracción y miedo, y nostalgia se incrementaba en sus adentros; aunque podía ver sus ojos, su rostro no tenía ningún significado para él.

Ahí estaba ella. Él, sabiendo que sería inútil intentar hablarle, se limitó a verla fijamente a los ojos, esperando que sus miradas dijeran lo que no podrían expresar las palabras. Ella empezó a sonreír y por un efímero instante él se sintió feliz. Al bajar la mirada, vio que en su regazo descansaba un libro igualmente de conocido que el resto de las cosas que había visto. Lo abrió y se percató que era un álbum fotográfico.

A medida que pasaba las páginas, sentía una dulce nostalgia al ver sus recuerdos más preciados. Reconoció a la mujer que hace poco estaba al frente de él, y a la niña que sería ella misma antes de que la conociera. Reconoció la casa en la que se encontraba y el paisaje que se vislumbraba afuera de la ventana, el cual había visto durante los últimos dos años.

Por último, se reconoció a él mismo en aquellas fotos, amando cada momento retratado en aquellas fotos, junto a la mujer que era su esposa. Se sintió en calma, pero de repente, recordó las palabras de viejo, y justo en ese momento, se dio cuenta que todo había sido un sueño.

## II

- Vas un poco rápido, baja un poco la velocidad, cariño.

Le decía Sarah a su esposo que iba manejando aquel viejo corsa al que le tenían tanto cariño. Había sido la primera inversión en conjunto luego de casarse, luego de alquilar el pequeño apartamento en el centro, por supuesto.

Ese pequeño automóvil, de dos puertas y vidrios manuales, los había acompañado los últimos cinco años y había sido para ellos un gran compañero, cómplice de sus aventuras de recién casados y el anfitrión de tan buenos recuerdos. Aun le quedaba mucha vida por delante.

-Vale, está bien, bajaré la velocidad.

Contestó Luca, con los ánimos de alguien que acaba de sufrir un cambio brusco en su vida. La verdad, aun no le convencía mucho la idea, pero era lo que había recetado el doctor, y sobre todo, es lo que haría que Sarah pudiera dormir en las noches.

Él quería mucho a esa mujer, que más que su esposa, se había convertido en su mejor amiga, y estaba dispuesto a hacer lo que fuera para que ella estuviera tranquila, aunque eso implicara darle un giro de ciento ochenta grados a su vida, y emprender una nueva vida en el campo, lejos de estrés y los problemas de la gran ciudad.

-¿Estás cansado? ¿Quieres que paremos para que descanses un poco?

-No, tranquila. Solo necesito un nuevo tipo de música – cambia la emisora del coche sin despegar la vista del camino – ¿ves? Un poco de Rock&Roll es lo que me hacía falta, ya estaba aburrido de las baladas pop.

- Está bien, querido – Sarah lo contempló por un momento y le tomó el brazo derecho, que mantenía alejado del volante – Estoy tan feliz que hagamos esto, ya verás qué bien nos irá.

- Bueno, de eso no estoy tan seguro – contestó Luca un poco tenso – nosotros no sabemos nada de la vida del campo, somos unos ciudadanos modelos, compramos nuestras verduras en el mercado y la demás comida la buscamos en las latas del supermercado, así que tú me dirás cómo vamos a...



- ¿Tú no trabajaste en el campo cuando viviste en Italia? – dice Sarah en tono cortante pero despreocupado.

- Yo viví en Roma, era la misma ciudad que aquí pero con un acento más raro.

- Pero, ¿y las fotos que tu madre me mostró?, ahí te veías como todo un campesinito, entre las siembras de tu abuelo.

- Solo iba los veranos, y mi nono me hacía recoger unos cuantos tomates, no es como si me hubiera graduado de la universidad de los granjeros.

Luca se había molestado, desde el accidente se ponía de mal humor muy rápido, pero a Sarah no le importaba, ella lo seguía viendo con sus ojos llenos de amor y ternura.

-Tranquilo, ya verás que nos irá bien.

Al decir esto, le asestó un beso en la mejilla. Luca se sintió altamente agradecido por aquel gesto por parte de su esposa, lo ayudó a relajarse. Él sabía que a veces se preocupaba de más, pero era que Sarah era muy risueña y optimista, parecía una niña que se ilusionaba con todo, el mundo exterior era un lugar muy grande y lleno de esperanzas, donde los sueños se podían hacer realidad tan solo con desearlo; él sabía que las cosas no eran tan fáciles, pero al fin y al cabo, eso era lo que le gustaba de ella.

Amaba la forma en que ambos se complementaban: por un lado, la mente fría y calculadora de Luca, y por el otro, la imaginación y optimismo de Sarah. Idealismo y realismo agarrados de la mano, mientras se dirigían por aquella carretera, rumbo a una nueva vida. A Luca le vino a la mente la imagen de Don Quijote y Sancho Panza, no pudo evitar sonreír ante aquel pensamiento, habiendo supuesto que Sarah sería aquel hombre flaco y odioso. Se guardó su comentario para que su esposa no se ofendiera.

-Sí, de seguro nos irá bien – apartó la mirada de la carretera y la vio a los ojos – todo irá bien mientras estemos juntos.

Sarah se conmocionó, su corazón empezó a latir fuertemente dentro de su pecho y no pudo evitar que se le salieran las lágrimas, las cuales, al verlas Luca, volvió la mirada al camino y guardó silencio.

-No puedo creer que casi te pierdo – las lágrimas comenzaron a brotar

más intensamente – cada vez que lo pienso me dan ganas de...

Ahogó un quejido entre sus manos, y se dispuso a llorar en su asiento intentando hacer el menor ruido posible.

- Sarah, tranquila, todo está bien. Lo que pasó no fue nada, simplemente una señal de que debíamos cambiar algo, y eso es lo que estamos haciendo, no hay de qué preocuparse – Sarah seguía llorando, soltó una mano del volante y la colocó en la pierna de la muchacha – no me gustas cuando lloras.

Pero eso no era verdad, sentía cierta atracción cuando veía a su esposa llorar, que eran más de las veces que él consideraba necesarias. Sarah era tan inocente, tan gentil, tan pura, que cuando la veía llorar se daba cuenta que no estaba preparada para afrontar el mundo, y ahí era donde él entraba en su vida, para alejar todos los peligros de aquel ser angelical que llamaba esposa.

De cierto modo, Luca se sentía culpable por la dependencia que Sarah le había tomado, ella no habría podido llevar a cabo aquella mudanza por sí sola, ni lidiar con las facturas de los bancos, ni tratar con el señor del supermercado, ni el mecánico del coche, ni... en fin, Sarah era como una niña en un cuerpo de adulta, y de cierta manera, eso lo atraía, el sentirse necesitado por una persona; y aunque el no lo admitía ni pensaba en ello, sabía que le estaba haciendo un gran daño, sobre todo después de que él casi pierde la vida en aquel accidente.

A lo mejor la vida en el campo sí sería lo mejor que podían hacer, a lo mejor les iría bien e iban a poder llevar una rutina tranquila, que les permitiría a él tomar sus fotografías y a ella escribir la novela que tanto había querido escribir, durante tantos años.

Sarah cesó su llanto, ya estaba aprendiendo a controlar sus ataques de frustración, la idea de perder a su esposo era inconcebible, y la única manera de solventar esa dicotomía de sentimientos era llorar, llorar hasta que Luca la dijera que todo iba a estar bien.

- Todo irá bien, mientras estemos juntos.

- Mientras estemos juntos.

Sarah se apoyó del brazo de Luca viendo el camino avanzar. Luca mantenía la mirada al frente, sintiendo el peso de Sarah en su brazo, a gusto,

conforme con lo que estaba viviendo y agradecido por todo lo que les quedaba por vivir, sin duda habría grandes cambios pero no le importaba, mientras estuviera con su querida Sarah.

Y así se quedaron ambos, aletargados por la monotonía del camino, y por el sol que se ocultaba lentamente a su derecha, como si no quisiera que ellos se dieran cuenta que se estaba marchando, como si no quisiera dejar de verlos en aquel pequeño coche, queriéndose como ellos se querían.

La noche ya estaba sobre el cielo, y Luca estaba impacientándose. Veía con dificultad y el cansancio del viaje ya le estaba pegando sobre los hombros. De repente se empezó a sentir mal, sentía una enorme frío en la nuca y en su pecho se anudaba un miedo disperso, como si algo malo pudiera pasar en cualquier momento. Se enderezó en su asiento y Sarah se despertó del pequeño sueño en el que había caído apoyada en el brazo de él.

- ¿Ya llegamos? - Preguntó ella desperezándose.

-No, pero ya debemos estar cerca.

Luca giró la cabeza para transmitirle tranquilidad a su esposa dedicándole una sonrisa, y en el momento en que volvió la mirada al camino, solo alumbrado ahora por los faros del pequeño automóvil, vio como dos grandes ojos se reflejaban justo al frente de él, enmarcados en una silueta encorvada y confusa, lo suficientemente cerca como para que no tuviera tiempo de frenar antes de impactarlo.

El muchacho, en fracciones de segundos, y más por un instinto básico que por su acostumbrada capacidad de toma de decisiones, giró el volante bruscamente para evitar chocar aquel sujeto en medio de la carretera. Sarah ahogo un grito al sentir el desvío del coche, y sus ojos se cerraron cuando impactó con un árbol que se encontraba a poca distancia de la vía.

Luca no había tenido tiempo de gritar, su frente había golpeado contra el volante y sabía que en pocos segundos perdería el conocimiento. Se volteo para ver a su esposa y sintió alivio al notar que llevaba el cinturón de seguridad, sabiendo que no podía hacer nada, se resignó a desmayarse.

Pero antes de cerrar los ojos, vio a la figura que se le había atravesado en el camino, estaba ahí, al frente de él, en un espacio entre su mente y el vidrio del coche, lo miraba, y en el reflejo que salía del interior de aquellos ojos desconocidos, sintió reconocerlos de alguna parte.

### III

Luca abrió los ojos, se encontraba en la sala de un hospital, o por lo menos eso parecía. Estaba desorientado y las luces blancas le cegaban la vista. El olor a hospital era inconfundible.

Sí, estaba en un hospital. Empezó a tomar conciencia de su cuerpo, y sintió una vía intravenosa en su brazo derecho, también se dio cuenta que estaba desnudo, solo cubierto por una bata muy delgada, la cual estaba muy seguro de que nunca había utilizado en su vida.

La costaba respirar, empezó a mover los dedos de los pies y sintió una repentina desesperación, intentó bruscamente levantarse de la cama pero en seguida una enfermera lo tomó por los hombros y lo obligó a recostarse; sintió que la enfermera no tuvo que hacer mucho esfuerzo, por lo cual concluyó que estaba demasiado débil.

- Señor Vincenti, quédese acostado, no haga esfuerzo.

Dijo amablemente la enfermera, él le vio la cara y se sintió tranquilo, pero tenía muchas dudas, no sabía por qué había llegado hasta ahí. Lo último que recordaba era estar en su oficina, conversando con un importante cliente el cual solicitaba los servicios de la empresa para realizar toda la publicidad de su nuevo producto.

Luca se había preparado mucho para la reunión, recordó había tenido una semana muy agotadora, y los nervios de la reunión lo tenían sumamente estresado. Recordó cuando el cliente entró en su oficina y él se paró a saludarlo, era un hombre muy viejo, pero algo se le hizo sumamente familiar. ¿Acaso lo había visto antes?, caminó hacia él y le dio la mano, que estaba fría como el hielo. Luego no pudo recordar más.

- ¿Dónde estoy?, ¿mi esposa sabe que estoy aquí? – Se desesperó cuando se percató que Sarah no estaba a su lado – ¡Necesito hablar con mi esposa!- se levantó bruscamente y la enfermera no pudo sostenerlo esta vez - ¡Sarah!, ¡Sarah! – dijo gritando el muy asustado Luca.

Unos enfermeros muy fornidos entraron corriendo en la habitación e hicieron que se mantuviera en la cama, Luca sintió como las pesadas manos de aquellos hombres le apretaban la piel y su cansancio lo obligó a dejarse

someter.

- Ella ha sido informada de todo, no se preocupe, ya viene en camino.

Dijo la misma enfermera manteniendo el tono apacible y tranquilo, de verdad que le provocaba a Luca una inmensa calma su manera de hablar; se relajó en la cama y trató de relajarse, fue cerrando los ojos poco a poco hasta casi quedarse dormido.

Pasaron unos minutos, cuando entró Sarah a la habitación sobresaltada. Llevaba lágrimas en los ojos, Luca notó que estaba sin maquillar, pero aun así le parecía hermosa, de hecho, le gustaba más así. La muchacha fue directamente a abrazarlo, y él sintió un gran dolor en el pecho cuando el peso de su esposa lo aplastó. Tosió un poco y Sarah, al notar que le había hecho daño, se apartó apenada.

-Mi amor, lo siento, ¿te he hecho daño?

-No, tranquila – dijo reponiéndose – siempre he logrado sobrevivir a tus abrazos.

Gesticuló una sonrisa y vio como Sarah se la devolvía, mientras se secaba las lágrimas.

-¿Pero qué te ha pasado? Estaba en la casa escribiendo cuando me llamaron de tu oficina y me dijeron que habías tenido un accidente, me puse como loca, no sabía qué hacer, Luca... yo... lo siento...

-Tranquila, yo no tengo muy claro que fue lo que pasó, solo que estaba a punto de tener una reunión y he perdido el conocimiento.

- Sí, efectivamente se ha desmayado – dijo la enfermera mientras cerraba la puerta de la habitación tras la marcha de los fornidos enfermeros – ha sido traído de emergencia, por suerte ya está estable, sin embargo, el doctor que lo atendió tiene que hablar con ustedes – su tono tranquilizador se esfumó por un momento – en lo que le demos de alta, deberían ir a su despacho.

Esta palabras pusieron muy nerviosa a la pareja, sobre todo a Sarah, que siempre esperaba lo peor en estos casos, por otro lado, Luca estaba más tranquilo, por ahora lo que importaba es que se encontraba con su esposa. De repente pensó en el trabajo, y en su importantísimo cliente.

- Debo llamar a la oficina – dijo en voz alta – ¡El cliente! Tengo que resolver ese asunto.

- No creo que deba preocuparse por eso ahora – dijo la enfermera retomando su tono habitual – los dejaré solos, cualquier cosa que necesiten, llamen por el intercomunicador.

La enfermera se marchó cerrando la puerta tras de sí y la habitación se quedó en un silencio reparador. Luca y Sarah podían permanecer juntos horas sin hablar, sin sentirse incómodos, tan solo haciéndose compañía el uno al otro.

-No sabes el miedo que sentí cuando me dijeron que estabas en el hospital.

-Me lo puedo imaginar, tiendes a exagerar las cosas – dijo medio en reproche y medio en broma.

-¿Qué querías que hiciera? – Contestó Sarah molesta – Me llaman para decirme que mi esposo fue ingresado de emergencia, ¿qué iba a saber yo si te estabas muriendo o...

Ante los gritos descontrolados de la mujer, Luca hizo un esfuerzo para levantarse como pudo y callarla con un beso, el cual cumplió con su objetivo a la perfección.

-Discúlpame, se qué a veces me preocupo de más.

Contestó Sarah al separarse sus labios, brotaban lágrimas de sus ojos nuevamente.

-No tienes que disculparte, yo me habría puesto igual si hubieses sido tú la del accidente.

-¿Pero qué te pasó?, ¿Te habías estado sintiendo mal y no me lo dijiste?

-No, solo el estrés de siempre, nada fuera de lo habitual.

-Te he dicho que trabajas demasiado, deberías relajarte un poco.

-No puedo relajarme si quiero darte la vida que te mereces – dijo en tono jocoso.

-Tú no tienes que darme ninguna vida que me merezco – contestó Sarah molesta, de nuevo – los dos nos merecemos y tú no tienes que...

-Solo era un chiste, relájate – interrumpió Luca – Puede que tengas razón, pero era un cliente muy importante que nos iba dejar una gran comisión, con la que hubiésemos podido tomarnos unas largas vacaciones.

- ¡Qué tonta soy! Del susto, tomé tu cámara fotográfica que estaba al lado de mi bolso – dijo al percatarse del peso que llevaba colgando del hombro – no me di cuenta.

Ambos se rieron y se miraron a los ojos, Luca la acercó el estuche de la cámara y empezó a sacarla.

-Entonces aprovechemos este momento.

Hizo unos pocos ajustes manuales al aparato y enfocó a Sarah, viéndola a través de la cámara; esperó el momento en que empezara a sonreír, el cual sabía que llegaría, como siempre hacía ella cuando él la apuntaba para tomarle una foto.

Sonó el obturador y un pequeño flash que deslumbró la habitación, sumida en la poca luz de las primeras horas de la noche. Luca se despegó de la cámara y esperó que saliera la imagen en la pantalla digital, la cual hizo su aparición luego de unos segundos.

-Saliste hermosa, como siempre – dijo Luca dándole la cámara para que se viera.

-Sí claro, sin maquillar y con los ojos rojos por las lágrimas – se sintió apenada – no sé por qué sigues tomándome fotos.

- Porque eres lo único que nunca quiero dejar de ver – dijo Luca en un tono sincero y galante.

- Te amo – dijo Sarah, inundada de amor por aquel hombre que tenía al frente.

Ambos se volvieron a besar, y dejaron caer a un lado de la cama aquella cámara, que mostraba el retrato de una muchacha joven, de tez clara y con unos ojos soñadores, bañados por el miedo y la preocupación, pero que solo resaltaba su belleza inocente, frágil y soñadora.

- Tienes que dejar de llorar tanto, la gente pensará que te maltrato.

- Lo intentaré, pero tendrás que ayudarme.

- ¿Cómo puedo ayudarte a hacer eso? – dijo Luca al momento en que se

echaba a reír.

- Deja de tomarme fotos estando sin maquillar y no te vuelvas a desmayar sin avisarme – contestó Sarah entre risas.

- Está bien, la próxima vez que vaya a desmayarme, aseguraré en enviarte un correo electrónico un día antes.

Rieron y se acomodaron en la pequeña cama de aquella habitación de hospital, pasaron la noche allí sin reparar en las incomodidades, mientras estuvieran juntos, todo estaría bien.



## IV

Ella sintió que la tambaleaban, intentando que no fuera bruscamente. Sus ojos estaban cerrados y sabía que estaba despertando de un sueño al momento que se preguntaba qué había pasado.

Lo primero que vio fue el rostro de su marido, y detrás de él, el cielo estrellado. Recordó el sonido del coche al girar precipitadamente y el impacto con el árbol, intentó levantarse y correr hacia cualquier dirección, pero el cuerpo le dolía demasiado.

- ¿Qué ha pasado? – dijo cuando recuperó el habla.

- Tranquila, todo está bien – contestó Luca mientras la sacaba del asiento del copiloto y la depositaba al lado del vehículo estrellado – Por suerte no nos ha pasado nada, en cambio, el coche se llevó un buen golpe.

Muchas preguntas invadieron la mente de Sarah. Sintió el pasto húmedo, como le picaba la piel desnuda de sus piernas y como la oscuridad de la noche la invadía. Se sentía muy vulnerable fuera del espacio reducido del vehículo.

-¿Pero qué ha pasado? – De pronto recordó la silueta y aquellos ojos brillantes y sintió una gran desesperación – ¡Había alguien! ¡Justo antes de chocar! ¿Tú lo viste?

Luca trató tranquilizarla sujetándola fuertemente por los brazos, le costó un poco pero sin embargo lo logró.

-Seguro fue un venado – contestó Luca tratando de no darle mucha importancia mientras divisaba alrededor.

Sarah se percató del sudor que corría por la frente de su esposo, y del tono nervioso que tomó de repente, miraba alrededor como si buscara algo que sabía que estaba ahí; o alguien.

Trató de levantarse para echar una mirada al paisaje que los acompañaba, pero no pudo más que sentir un dolor en su cuello y quedarse acostada. Se imaginó el automóvil a un lado con el capó destrozado y los vidrios rotos, los árboles amontonándose al fondo del bosque y la carretera solitaria, esperando que el sol de la mañana la bañara con su brillo.

De repente, escuchó unos pasos cercanos, y vio como una figura se levantaba por detrás de Luca, misteriosa. Con mucho miedo, propinó un grito que retumbo muy adentro del bosque, haciendo que algunos pájaros aletearan sus alas buscando huir de aquel horripilante sonido.

-¡Luca, cuidado, detrás de ti! – dijo levantando la mano y señalando aquella figura, mientras se empujaba como podía con las extremidades restantes para alejarse de aquello.

-Tranquila, Sarah, tranquila – contestó Luca y al ver que la muchacha seguía retirándose a rastras, le gritó – ¡Sarah, cálmate por favor!

La asustada Sarah se sorprendió de que su marido le gritara de esa manera, quedándose petrificado en su lugar. En eso la sobra misteriosa avanzó un poco hacia ella y la luz de la luna iluminó el rostro, convirtiéndolo, por contraste, en la tez de un amigable anciano.

- Él es un vecino de la localidad. Escuchó nuestro accidente y vino a ver qué pasaba. Él fue quien me ayudó a salir del coche.

A Sarah le costó asimilar esto que decía su esposo. Algo no cuadraba. Luca y el señor intercambiaron una mirada cómplice mientras esperaban su respuesta. Todo parecía un sueño, no se calmó hasta que Luca se acercó, tomó su mano y la miró a los ojos diciendo:

-Todo está bien, no temas.

Sin embargo, algo no le cuadraba.

- Discúlpeme haberla asustado, señorita, mi intención solo era ayudar.

Aquella voz, que había escuchado por primera vez en su vida, provenía de aquel señor, que segundos antes habría catalogado como la extraña figura. Era una voz suave, con un ligero acento que le resultaba muy familiar, una voz calmada, casi como la de la enfermera que los atendió cuando Luca tuvo el accidente.

- Mi nombre es Pietro, vivo a poca distancia de aquí, tuve miedo de que hubiera algún herido.

El cansancio la invadió repentinamente, las piernas le flaquearon y se dejó caer en el suelo, llorando. Luca al verla, corrió hasta ella y la abrazó intentando escuchar lo que decía.

- Tengo mucho miedo Luca, no quiero estar más aquí, ayúdame.

- Tranquila, yo te protegeré – la abrazó más fuerte y sintió como los brazos de Sarah lo rodeaban en un último esfuerzo – todo está bien.

Sarah cayó dormida y no supo nada hasta el día siguiente, que se despertó con el curioso olor de una tortilla cocinándose. Abrió los ojos y se percató de que estaba en un lugar muy bonito, iluminado y con un gusto muy rural. Sus ojos se acostumbraban a la luz cuando vio a Luca con un delantal de cocina.

- ¡Bienvenida a nuestro nuevo hogar! – dijo el muchacho en tono jovial, sosteniendo un sartén en una mano y una cuchara de madera en la otra – Estoy preparando el desayuno, necesitas recobrar fuerzas luego del accidente.

Sarah no pudo evitar una carcajada al ver a su esposo de esa manera, nunca había intentado cocinar. Pero lo que más le impactó, fue el contraste de situaciones, esta vez estaba segura de lo que había vivido antes de quedarse dormida.

Primero, perdidos en un bosque con un desconocido, el coche chocado contra un árbol y la noche ocultándolos de cualquier sentido de seguridad que pudieran tener; y segundo, aquel lugar de ensueño, que había generado el milagro de que su esposo incursionara en el mundo culinario.

- Pero Luca, ¿qué pasa aquí? – dijo ahogando sus risas y tratando de ponerse seria – haces unas horas estábamos en...

-Tranquila, mujer – dijo Luca arrastrando las sílabas – te dije que todo estaría bien. Anoche, luego de que te dormiste, Pietro fue por su camioneta – Sarah sintió una desconfianza repentina – le conté que deberíamos estar cerca de nuestro destino y me preguntó si éramos los nuevos dueños de la granja de los señores Carillo, le dije que sí y me comentó que él vivía justo al lado; bueno, a lado ni de chiste, son más de tres kilómetros entre granja y granja; pero se ofreció a traernos y mira, aquí estamos.

Sarah estaba muy confundida, algo no le sonaba bien, pero se sentía muy a gusto en ese lugar, sentía como sí en verdad fuera su nuevo hogar. Por lo tanto, pensó que si lo sentía así, debía ser cierto.

- Creo que aún estoy conmocionada por el choque... seguiré durmiendo.

Ocultó su cabeza debajo de la almohada y segundos después, sintió a su marido acostándose encima de ella juguetonamente.

- Vamos, ¿no vas a probar mi primer desayuno campestre? Lo he hecho con mucho cariño.

-Es verdad, eso lo tengo que probar. Probar para creer.

-Pues vente a la mesa para que te sorprendas.

La habitación era un tanto rara, era como un gran rectángulo, donde el dormitorio y la cocina eran prácticamente el mismo lugar, y la sala de estar, y el estudio.

Habían tres ventanas de un solo lado de la pared, y debajo de la del medio, reposaba una mesa con dos sillas. Las paredes cubiertas por una calcomanía de arreglos florales simétricos en tinta china. Todo era muy acogedor, del otro lado de la cocina existía una chimenea, que por lo visto había sido usada muy frecuentemente.

Aun acostados en la cama, Sarah dijo:

-¿Entonces ese señor de anoche era verdad?

-Pues claro que sí, no deberías ser tan mal agradecida, si no fuera por el aún estuviéramos en el coche chocado esperando a los cuerpos del estado.

- Pareciera que no conocieras de antes.

Luca vaciló, pero luego dijo en tono muy convincente:

-La verdad es que a mí también, pero no logro recordar; da igual, sabes lo que dicen: Todos los italianos se parecen.

-¿Quién dice eso? – Contestó Sarah riéndose – estás muy loco, ¿y cómo sabes que es italiano?

-Pues si con ese nombre no es italiano, sus padres tenían un gran conflicto de identidades.

Ambos rieron.

- Tú eres italiano, y no te pareces a él – le dijo Sarah.

- Porque existen como cincuenta años de diferencia entre él y yo, a lo mejor seré como él cuando transcurra todo ese tiempo.

- Puede que te deje ahora que puedo.

Ambos volvieron a reír, ambos se miraban fijamente, como esperando el menor movimiento para desencadenar lo que usualmente ocurría cuando se encontraban en una cama.

- Bueno, él ha quedado en venir dentro de un rato, - contestó Luca rompiendo la tensión - así que tenemos que tener todo listo, para darle las gracias.

-Si le das algo que cocines tú, no se sentirá muy agradecido – Dijo Sarah mientras se paraba de la cama – ven aquí, yo cocinaré, quiero darle una buena impresión a ese señor.

## V

- Bueno, ahora que por fin terminaste el reposo, ¿Qué haremos?

Dijo Sarah a su esposo mientras cruzaban la puerta del hospital hacia la calle. Hacía un día estupendo, con un sol brillante y una frisa fresca, la gente caminaba alegremente por la ciudad celebrando que la temporada de lluvia había terminado.

La pareja acababa de asistir al último chequeo del reposo de Luca; el doctor le había dicho que por los momentos estaba estable, sin embargo, perdiéndose entre tecnicismos médicos, sugirió la posibilidad de una recaída, pero con una vida calmada, no tendrían de qué preocuparse.

- Está claro que no puedo seguir con mi vida de publicista.

-Sí, pensaba decírtelo, pero no quiero que...

-Nos moriremos de hambre.

Luca tenía esa habilidad para decir algo medio en broma y medio en serio, a Sarah le costaba a veces descifrar a cuál era la que tenía mayor peso.

- No pienses así, yo ahorita puedo pedir más artículos en el periódico, también podría empezar a manejar algunas redes sociales y no sé, tal vez pudiera buscar un trabajo de medio tiempo, en aquella cafetería que sirve desayunos, tal vez...y tú... tú podrías...

- No podría quedarme todo el día en la casa, no me soportaría a mí mismo – Luca parecía verdaderamente preocupado – no te lo he dicho, pero últimamente he tenido un sueño muy raro...

-¿Un sueño?

-Sí, el mismo sueño que se repite una y otra vez, tal vez estoy enloqueciendo, tal vez mi enfermedad...

-No es una enfermedad – se apresuró a decir Sarah – fue un accidente.

-Por favor Sarah, el doctor nos lo explicó bien... es algo que puede resurgir con el tiempo.

Sarah empezaba a ponerse triste y unas lágrimas se asomaron en sus

ojos.

-Sígueme contando del sueño – le dijo tratando de cambiar el tema mientras lo arrastraba hasta uno de los bancos de la plaza del hospital - ¿desde cuándo lo has tenido?

-No lo sé, la verdad es que no lo recuerdo exactamente, pero no creo que haya sido antes del accidente.

- ¿Y qué sueñas?

- Son muchas cosas, es como un conjunto de muchas escenas que se hilan de una manera sin sentido, una habitación, y... una niña... - Parecía estar haciendo un gran esfuerzo por poner los recuerdos de su sueño en orden – sí, una niña con una pelota... lo más extraño es que, creo que esa niña eres tú.

- ¿Yo? – Sarah no pudo evitar una carcajada – Qué tierno que sueñes conmigo... - vio que el rostro de Luca permanecía serio, y cambió su tono jovial - ¿cómo sabes que soy yo?

-No lo sé, pero lo siento. El hecho es que la tú... o la niña que sea, me tiene miedo, y huye de mí... luego estoy en una sala de un hospital – Sarah hizo un movimiento para interrumpirlo – pero no, no es este hospital... y hay un señor, que me dice algo muy extraño que no entiendo qué significa... y luego me encuentro con un álbum fotográfico...

-¡Eso es! – Dijo Sarah enérgicamente – la fotografía, puedes dedicarte a eso.

- Pero eso es tan solo un hobby, no podría ganar dinero profesionalmente con eso.

-Por favor Luca, hiciste miles de cursos mientras estábamos en la universidad, y de verdad, tienes un gran portafolio.

-Podría intentarlo – Luca se empezó a sentir esperanzado – en la universidad, tuve la loca idea de dejar la carrera y dedicarme a la fotografía...

-Lo sé, y eso es lo que harás ahora, esto ha sido una señal...

Luca se levantó del asiento enérgicamente batiendo los brazos en el aire, al verlo tan alegre, Sarah se contagió de aquel sentimiento y saltó de su asiento a darle un abrazo.

-Está decidido – dijo Luca mientras daba vueltas con su esposa colgada de su cuello – nos iremos a la granja.

-¿Seguro? – Sarah estaba genuinamente sorprendida ante aquella revelación - ¿aun estaremos a tiempo?

- Llamemos al vendedor inmediatamente.

Así lo hicieron, llamaron al señor Carillo, que le había comentado a Sarah lo de su granja en venta al escucharla hablar en el bus con una amiga, que querían alejarse de la vida citadina y todas las implicaciones que esta traía consigo.

Al principio pensaron que era un estafador, pero luego lo conocieron y se dieron cuenta de que una persona como él no los estafaría, sobre todo cuando conocieron el motivo de por qué la vendía.

- Estoy cansado de estar solo, mis hijos se fueron a otros países y es momento de ir a visitarlos, ya no puedo manejar la granja yo solo y eso me ha llevado a la quiebra.

Les dijo una vez que lo invitaron a cenar a su casa, mostrándoles unas fotos de la locación. Era un lugar muy bonito pero se observaba el exceso de descuido, no les cabía duda de que estaba en banca rota.

-Pero a lo mejor una pareja joven como ustedes puedan devolverle la vida que tenía cuando yo era joven.

Les pareció un muy buen chiste, aquellos dos jóvenes citadinos manejando una granja, una de verdad. Siguieron manteniendo el contacto con aquel señor por que les daba lástima su soledad, ambos sentían que ellos eran sus únicos amigos, y por lo menos una vez cada dos semanas se reunían con él para compartir un café o una comida.

Cuando el doctor les explicó la situación de Lucas, Sarah sugirió la idea de comprar la granja, ella en verdad lo consideraba, pero sin pensar en lo que eso implicaría; Luca, por el contrario, había descartado la idea.

Pero ahora era distinto.

-Yo ya estoy cansada de escribir para ese estúpido periódico – dijo Sarah mientras reanudaban el camino a su casa – podría dedicarme de lleno a la granja, y me sobraría tiempo para empezar a escribir mi novela.



-¡Tu novela! – Luca se impresionó al recordar aquel dato sobre su esposa – había olvidado eso, en la universidad solo hablabas de escribir algún día una novela... ¿sobre qué era?... ah sí, la tragedia griega.

-Iba a ser una novela, con la misma estructura de la tragedia, pero traída a nuestros tiempos.

-No sé qué te atrae de las tragedias, la misma palabra suena horrible... tragedia.

Luca aplicaba su tono burlesco serio, el cual utilizaba para decir algo que pensaba sin lastimar los sentimientos de su esposa.

-Eres un tonto, pero igual te quiero.

-Empezaremos una nueva vida, y estaremos bien, ya lo verás.

## VI

Terminaron de comer bajo la luz matutina del campo, con los olores y sonidos característicos de aquel nuevo lugar; se les hizo extraño no escuchar el sonido de los coches, la calle, la ciudad, el ajeteo del día a día.

Fue el mejor desayuno que habían tenido en mucho tiempo. Huevos fritos, tocino, pan y jugo de naranja, todo lo habían llevado en su automóvil para esa mañana, pero ahora debían conseguir lo que comerían en el almuerzo.

-Tenemos que ir al mercado de la localidad – dijo Luca – nuestras provisiones se agotaron, y no creo que en cuatro horas podamos cosechar unas buenas mazorcas.

-¿Tienes idea de dónde está? – preguntó Sarah mientras recogía los platos y los llevaba al fregadero.

- No – se miraron y se echaron a reír – supongo que las dificultades comienzan ahora.

-¿Qué sería de la vida sin dificultades?

Luca se acercó hasta Sarah y la tomó por atrás en un fuerte abrazo, ella se sorprendió y comenzó a sentirse excitada. Él tomó su cabello y lo corrió hacia un lado mientras le besaba el cuello, sus manos apretaban su abdomen y ella ahogo un suspiro mordiéndose los labios.

El lugar presentaba una atmosfera afrodisíaca nueva e indiscutible, nunca les había ido mal sexualmente hablando, pero la magia del aire campestre, lo rural y el silencio, daba cabida a una gran gama de sensaciones nuevas, interesantes y excitantes.

Tan solo estando ahí, frente la ventana del fregadero, viendo la pradera coloreada por el amarillo del sol matutino, que se extendía hasta el horizonte, el olor a tierra seca y el sonido de las aves, se volvieron a sentir como cuando eran novios en la universidad, y se iban de escapada a pasar un fin de semana acampando en lugares exóticos, solo ellos dos y la naturaleza.

Sarah se volteó y pasó sus brazos alrededor del cuello de Luca, comenzaron a besarse intensamente. Él, con su viril fuerza, la cargó por la

cintura y la elevó hasta sentarla en la superficie empotrada que bordeaba la pared.

Sin dejar de besarla, comenzó a desabotonar la camisa de su esposa, lentamente, disfrutándolo; ella dejó que lo hiciera y con los ojos cerrados se concentró en todas las sensaciones que llegaban hasta sus adentros.

Luca quitó la camisa y la lanzó para atrás, desabrochó el sujetador y se apartó un momento para ver los pechos de aquella hermosa mujer.

-Espera un momento – le dijo mientras se volteaba corriendo.

Sarah no entendía, se sintió cortada de emoción, ¿Qué sería tan importante en aquel momento para dejarla así?

-Pero... ¿qué haces?

-Espera un momento – Luca se iba de cabeza a su maleta – listo, aquí está.

Cuando se volteó, Sarah pudo ver que llevaba su cámara fotográfica, se sintió un poco apenada cuando vio que Luca estaba ajustando las configuraciones, lo que hacía justo antes de tomar una fotografía.

-¿Pero qué haces? – Dijo mientras se tapaba el busto desnudo – estoy desnuda.

-Estás hermosa, y eso es lo único que me importa – terminó de ajustar la cámara y se llevó el visor al ojo – sólo haz de cuenta que estamos solos.

-Pero Luca – estaba muy apenada – nunca habíamos hecho esto... yo...

-Solo quiero que veas, como mis ojos te ven.

Aquellas palabras desarmaron a Sarah, se olvidó de la pena que a atareaba y se sintió inundada de amor por su esposo. Recordó todos los motivos por los que se enamoró de él, y sabía que aquello era simplemente uno más de ellos.

Olvidó la cámara y la idea de exponer su intimidad y se limitó a posar para su esposo, siendo ella misma, sin ningún tipo de prejuicios ni recelos. Luca no podía creer la hermosura de aquella mujer, se sintió bendecido por tenerla ahí, siendo ella misma, y para compensárselo, él quería lograr las mejores fotos, veía aquello como la obra de arte que dibuja un pintor a su

enamorada.

Sarah se bajó de la repisa y empezó a caminar por la achatada habitación, se desabrochó los pantalones y dejó que cayeran por su propio peso, pasando los pies por encima de ellos cuando se encontraban con el suelo.

Estando solamente en bragas, siguió caminado y se sentó en la silla de la mesa, mientras tanto, el obturador de la cámara de Luca no dejaba de sonar. Sarah cruzó las piernas y empezó a mover el cuello en círculos, con los ojos cerrados y mientras se mordía el labio, esto excitó a Luca, pero sintió que en ese momento era cuando estaba obteniendo las mejores fotografías.

Después de muchos disparos, Sarah se levantó de la silla y fue directo hacia la cama, que estaba a unos cuantos pasos. Se dejó caer de espaldas, y sin dejar de ver al lente de la cámara, empezó a tocarse.

Comenzó masajeándose los pechos, y poco a poco fue bajando hasta su cintura, levantó las piernas al aire y se quitó las bragas. Empezó a tocar su vagina lentamente, sintiendo cada sensación de una manera profunda y especial.

Luca no aguantó más, dejó la cámara sobre la mesa y se abalanzó sobre su mujer. Tenía la cabeza entre sus piernas y comenzó a besarla, ella las posó alrededor de él y sintió como su cuerpo se tensaba del placer, solo quería más, y los movimientos de sus caderas se lo pedían implícitamente. Tuvo un orgasmo, para ella fue mágico y para él placentero.

Luca se levantó y se sentó a la orilla de la cama, Sarah sabía lo que tenía que hacer, se le sentó en sus piernas y comenzó a quitarle la camisa, luego se bajó y desabotonó el pantalón, metió sus manos entre su ropa interior y extrajo su pene, el cual se llevó inmediatamente a la boca.

Pasó varios minutos dándole sexo oral, y en la mayoría del tiempo, sus ojos no dejaron de verse mutuamente. Se levantó del suelo y se sentó en sus piernas, agarró el pene con su mano derecha mientras que con la izquierda acariciaba el cabello de Luca, y se lo introdujo en la vagina.

Colocó ambos brazos alrededor del cuello de su marido y comenzó a dar pequeños brincos, sensuales, rítmicos y orgánicos. Luca no podía respirar bien de tanto placer, y Sarah solo quería más.

Ella empezó a ponerse un tanto violenta, y aumentó la velocidad de las oscilaciones de sus caderas, de un momento a otro estaba realizando movimientos más cortos pero más rápidos, pero el placer era mayor. Su cuerpo estaba demasiado tenso y sabía que en cualquier momento llegaría al segundo orgasmo, solo necesitaba más.

Empujó a Luca hacia atrás y ella se colocó sus manos detrás de su propia espalda, impulsando con sus muslos sus movimientos hacia el miembro de él. Comenzó a gritar de placer. Gritaba sin miedo que la escucharan porque no había nadie para escucharlos.

Cada vez más fuerte, cada vez más duro. De un momento a otro no pudo gritar más y sintió como su cuerpo se relajaba dejándose sumergir en un inmenso placer. Los movimientos fueron más lentos cada vez, como un vehículo que se va frenando por acción de su propia inercia. Estaba complacida.

Se levantó de la cama y se agachó a las piernas de Luca, y comenzó a masturbarlo, jugando entre sus manos y su boca, hasta que él eyaculó. Sarah se levantó del suelo y se acostó al lado de su marido, el cual estaba exhausto, tenían demasiado tiempo que no lo hacían de aquella manera tan fogosa y apasionada, libres para experimentar y hacer todo el ruido que quisieran.

- Te quiero – dijo Sarah.

- Yo también.

Luca la vio fijamente hasta que se acercó para besarla y juntos se quedaron viendo al techo de su nuevo hogar, disfrutando de su compañía.

## VII

Pasaron varios minutos acostados, escuchando los sonidos nuevos del exterior, oliendo la frescura del aire campestre y disfrutando el calor que les ofrecía su lecho recién estrenado.

Estaban a punto de caer en un ligero sueño cuando tocaron la puerta. Se habían olvidado que Pietro los visitaría esa mañana. Se levantaron velozmente buscando sus ropas regadas por toda la casa: desde la cocina hasta la cama tampoco es que hubiese existido mucha distancia. Se vistieron como pudieron y se ubicaron frente la puerta principal antes de abrir.

- Estás muy despeinado.

- Y tú estás muy hermosa.

- ¿Crees que se dé cuenta de lo que acabamos de hacer?

-¿Qué más da? Estamos en nuestra casa, abre la puerta y pon tu mejor sonrisa.

Sarah así lo hizo, abrió la puerta y vio al anciano con un sombrero y un bastón que sostenía su peso, parecía un personaje sacado de una novela campestre, de esas que había leído en la universidad.

El hombre se les quedó viendo sin decir ninguna palabra, tan solo se limitó a esbozar una pequeña sonrisa y verlos fijamente.

-Buenos días señor Pietro, ¿cómo ha amanecido?

Dijo Sarah en un tono vacilante, a lo cual no recibió respuesta, fueron unos veinte segundos muy incómodos.

-Pase adelante – dijo Luca arrastrando a su mujer para dejar el camino libre – está en su... casa.

Pietro avanzó, colocando el bastón siempre por delante de sus pasos y manejando su peso de manera estable. Caminó unos tres metros dentro de la casa y se detuvo, observando alrededor, en silencio. Sarah divisó su sujetador debajo de mesa de la cocina y se puso roja como un tomate.

- Qué tal si deja su sombrero en el perchero – dijo la apenada muchacha mientras empujaba a su esposo para que atendiera al hombre,

mientras ella se escabullía para agarrar su sujetador – Aquí adentro no creo que le vaya a hacer mucha falta.

- Sí, sí... claro, si quiere me lo da y yo se lo cuelgo – dijo Luca entendiendo la situación de su mujer.

Justo al momento que Luca tocó la espalda del anciano, sintió un frío en su cuello, y su esposa, desde el otro lado de la habitación, con el sujetador escondido a sus espaldas, vio como cara de su marido experimentaba un leve altercado, como si acabara de recordar algo desagradable. Aquel hombre misterioso habló por primera vez, y su voz fue algo totalmente distinta a lo que Sarah hubiera podido esperar.

- No tienen nada de qué avergonzarse, no estoy aquí para juzgarlos.

Apacible, calmada, gruesa y sorprendentemente tranquilizadora. Sarah supo que se había dado cuenta de su encuentro sexual de hace unos minutos, sin embargo, el poder de la palabra de ese hombre hizo que lo superara inmediatamente, y se sintió un poco más relajada.

- Pase por aquí – dijo la muchacha lanzando el sujetador hacia su cama sin que la vieran y tomó del brazo al hombre y lo llevó hasta la silla de la mesa principal – ¿puedo ofrecerle un poco de jugo de naranja? O quizás un vaso de yogurt que hemos traído de la ciudad...

- Podría aceptarte un poco de whisky – dijo Pietro de manera definitiva.

Sarah se sorprendió del pedido y tomó del brazo a su esposo.

- Querido, ¿hemos traído nuestra porción habitual de whisky? – Luego comentándole en voz baja, sin que Pietro escuchara – vaya costumbres campesinas, tomar alcohol a estas horas de la mañana.

- Déjame revisar entre las cajas de los víveres, querida – contestó Luca sabiendo que no iba a encontrar lo que se disponía a buscar, pero era la mejor excusa para zafarse del momento incómodo.

- En el primer estante de la derecha, arriba de la cocina, hay una botella de whisky - dijo el anciano, igualmente apacible y sin apartar la mirada del centro de la mesa.

Ambos muchachos se miraron sorprendidos, con la mirada se

pusieron de acuerdo, Sarah fue a lavar un vaso en el fregadero y Luca a buscar la botella que efectivamente se encontraba ahí, sirvieron dos dedos de aquella bebida y la dejaron al alcance de Pietro, Luca se dispuso a dejar la botella donde la había encontrado.

- Deja la botella sobre la mesa – Dijo el hombre, pareciendo que había dado una orden a un soldado de rango inferior.

Los esposos se volvieron a ver, sorprendidos, se sentaron al mismo tiempo en la mesa y vieron como Pietro se tomaba toda la bebida de un solo trago y se servía más.

- De la misma manera en que yo no los juzgo a ustedes, ustedes no deberán juzgarme a mí, esa es la primera lección que les daré el día de hoy.

Sarah casi se muere de la vergüenza, ¿habría escuchado aquel hombre lo que le había comentado a su marido sobre la costumbre campesina?

- Disculpe señor... no fue mi intención ofenderle...

- No tienes que disculparte por recibir una lección, todos venimos a esta vida a aprender y no hay que disculparse por eso, la pena solo se radica en el que no ha aprendido a dejar ir el pasado.

Sarah estaba confusa, desde cierto punto de vista, aquellas eran unas sabias palabras, pero, ¿qué tenían que ver en aquel momento? Vio a su marido y se sorprendió al darse cuenta que tanto él como el viejo se veían fijamente, el más joven con una seria preocupación y el viejo con una confiada indulgencia.

Hubo un silencio incómodo. Los dos hombres ya no se veían, Luca estaba mirando hacia el suelo como un niño regañado y Pietro se servía otro trago de Whisky.

- Si quieren vivir del campo, tendrán que levantarse más temprano.

Sarah salió de su pequeño letargo de incertidumbre, y empezó a sentirse como en un salón de clases, donde tenía que estar atenta a todos los detalles que daría el maestro.

- Para esto, lógicamente, deberán acostarse mucho más temprano. No tiene sentido estar despierto si ya no hay luz del sol, y no hay nada peor que desperdiciar la mañana. Deberán regar las siembras a primera hora de la



mañana y sembrar las semillas hacia las últimas horas de la tarde, esto último no está garantizado el éxito de la cosecha, pero es lo que se acostumbra por estos lados – Sarah empezaba a considerar la idea de buscar papel y lápiz para tomar nota – Una vez regadas las plantas, deberán atender que no estén llenas de maleza ni de insectos dañinos, eviten usar abono artificial y repelentes químicos, eso disminuirá la calidad de sus productos, todos por aquí son muy orgánicos y están un poco predispuestos con los métodos modernos y cancerígenos.

- ¿Pero cómo se supone que vamos a... - empezó a decir Sarah antes de ser interrumpida por Pietro.

- No interrumpir mientras se está recibiendo la sabiduría de un viejo, eso es lo otro que deberán aprender, ya habrá tiempo para preguntas, quizá, si escuchan atentamente hasta el final, tal vez sus dudas serán contestadas antes de que las formulen.

- Disculpe, no quise ofenderlo...

-No pedir disculpa cuando se recibe una lección, ya habíamos hablado de eso.

Sarah se sintió como una estudiante de primer año, y en cierto modo, empezó a admirar a aquel viejo y a la forma en que hablaba, también se sintió un poco molesta con Luca, ya que éste seguía mirando al suelo, como si no estuviera prestando atención.

Pasaron casi dos horas y aquel hombre no dejó de hablar de cómo debían manejar aquel lugar. Después de dicha clase magistral, Sarah se sostenía la cabeza a punto de llorar por la preocupación que le generaba todos aquellos deberes y el saber que no tenía idea de cómo hacer nada de lo que había dicho Pietro, tan solo el hecho de levantarse temprano le aterraba. Luca estaba igual que ella, con las manos sujetando el peso de su cabeza y de sus preocupaciones.

- Tómense el día de hoy para prepara todo para mañana, desempaquen y vayan a dar un paseo después del medio día. De seguro ahora les parecerá un tormento todo lo que tienen que hacer, pero ya verán que cuando se adapten se les hará lo más fácil del mundo. – Pietro se levantó de la silla y guardó la botella en el estante sobre la cocina, Sarah no vio cómo había quedado, pero supuso que ya debería quedarle poco líquido, ya que el hombre

no había dejado de beber mientras estuvo hablando – Me despido de ustedes; Luca, pasa por mi casa cuando regresen del paseo, te llevaré a la tienda del pueblo, ahí es donde venderán sus mercancías y comprarán las que les hagan falta.

-Sí señor – contestó Luca como si le hablara a un comandante del ejército.

Ambos esperaron que el hombre saliera de la casa y fueron a ponerse los zapatos, como no sabían que esperar del paseo, decidieron irse bien cubiertos. Al salir Luca se devolvió a buscar algo.

-Espera, iré por mi cámara.

-Iré adelantándome por este lado.

Sarah empezó a caminar y se sorprendió de lo limpio que estaba el ambiente, vio los campos donde se suponía que estarían las siembras y se imaginó los primeros retoños. Se sintió feliz y asustada al mismo tiempo por la nueva forma de vida que le esperaba a partir de unas cuantas horas.

-Sonríe.

Escuchó que decían a sus espaldas y se volteó. Luca al mirar la foto reflejada en el visor de la cámara se percató de que Sarah tenía una lágrima recorriéndole la mejilla y se acercó a ella.

-¿Qué pasa? ¿Por qué lloras?- le preguntó en tono preocupado.

- Tengo miedo, Luca.

- Todo estará bien... mientras estemos juntos.

- ¿Y cuánto tiempo será eso?

Luca la miró extrañado, no sabía que responder a eso.

-El tiempo que haga falta.

-Prométeme que nunca me dejarás – dijo mientras ocultaba su cara en el pecho de su marido.

-Sarah... - las palabras se le empezaron a estancar en la boca – Por favor...

-¡Prométemelo!

-Cariño... te lo prometo...

Se quedaron un rato abrazados hasta que las piernas se le entumecieron. Luca sabía que Sarah era una persona muy dependiente de él, y que tenía que hacer algo por ella.

Recordó lo que había hablado con Pietro mientras ella estaba inconsciente después del accidente, pero no era momento para hablar, tenía que hacer que ella lo descubriera por sí misma. Aún no era el momento.

## VIII

Pasaron los días y todo iba a peor, ellos creían estar haciendo todo bien, pero al parecer no era suficiente. Levantarse a las cuatro de la mañana, regar las plantas temprano, comprar los mejores fertilizantes, sistemas de riego, labrar la tierra; nada parecía funcionar para aquella árida tierra.

Un mes, viviendo de sus ahorros, sin añadir más a su cuenta bancaria sino pesimismo; pero era un pesimismo oculto en la esperanza que al principio todo era difícil, que lo más cuesta arriba era empezar, que luego de que naciera el primer fruto, todo sería distinto.

Habían pasado casi dos meses y ese pesimismo fue lo único que creció en ellos, y no fue sino hasta cuando los fondos del banco empezaron a agotarse, que Sarah reventó.

- ¿Qué estamos haciendo, Luca?

Dijo la muchacha una tarde después del almuerzo, mientras descansaban esperando que el inclemente sol disminuyera un poco sobre el campo.

- Esto no tiene sentido, llevamos dos meses, ¡dos meses, Luca! ¿Y qué tenemos? Nada, una cuenta más vacía y toda la ropa dañada y sucia.

- Tranquila, al principio todo es así de difícil.

- No lo creo. El primer semestre de la universidad, sí fue difícil; nuestro primer mes de matrimonio también. Pero esto, esto es distinto, Luca. El dinero que nos queda no nos alcanzará para una semana más. ¿Qué vamos a hacer?

- Oye, oye, si estamos aquí y en esta situación fue por tu maravillosa idea de vivir en el campo.

Luca había alterado su tono de voz de repente. Se sentía igual de fracasado, pero él siempre intentó ser el optimista, al ver a Sarah desmoronarse, no le vio sentido a seguir intentándolo.

- ¿Qué me dices? Lo hice por ti, para alejarte de esa vida que te iba a terminar matando.

- Claro, y ahora en vez de morirme de un infarto, me voy a morir de hambre, puesto que en esta tierra no crece una puta mierda.

Sarah comenzó a llorar, nunca había escuchado a su esposo hablar de esa manera, la impresión para ella fue muy grande.

- Lo siento, yo solo quería que estuviéramos juntos y felices...

Viendo a su esposa con lágrimas en los ojos, Luca se arrepintió de haberle gritado.

-Disculpa, cariño. No quise gritarte, estoy muy estresado... de verdad esto del campo es muy difícil.

- Me hablaste muy feo – dijo Sarah mientras se secaba las lágrimas – Nunca antes me habías gritado.

- Lo siento, lo siento...

- ¿De verdad crees que todo esto es mi culpa?

-No, no, olvidemos esta discusión... de repente reventé...

- Luca, ¿qué nos está pasando? Creo que este lugar no nos quiere.

- Yo empiezo a pensar en lo mismo, tal vez no estamos hechos para esto.

- ¿Qué hacemos?

-No lo sé, Sarah.

Ambos se vieron derrotados, la sensación del inminente fracaso era innegable. El descenso del sol empezaba a notarse a través de la ventana y el olor a humedad inundaba la habitación. Pronto debían seguir con sus labores.

- Estaremos bien, ahora debo ir al mercado, se nos ha acabado el fertilizante – dijo Luca mientras se levantaba de la cama.

- No vayas – repuso Sarah sosteniéndole el brazo.

-¿Cómo? Tengo que ir, el distribuidor no viene más hasta la próxima semana.

- No vayas, quedémonos aquí.

- Pero, Sarah... – vio como las lágrimas en los ojos de su esposa comenzaban a aflorar de nuevo, y entendió que no iría a ningún lado – está

bien, me quedaré – se sentó a su lado y pasó su brazo por alrededor del cuello de Sarah - ¿qué hacemos ahora?

- Nada, solo estar.

-¿Estar?

- Sí, nos acostamos aquí y estamos, los dos...

- Vale, estaremos, entonces...

Se acostaron en la cama y se olvidaron de sus preocupaciones. Los minutos pasaron y la digestión del almuerzo les hizo sentir un pesado y desacostumbrado sueño, poco a poco se fueron sumiendo en un ligero sueño, hasta que quedaron completamente dormidos.

Al rato, Sarah despertó y contempló a su marido durmiendo. Se sentía profundamente culpable, tal vez era verdad que todo había sido su culpa. Ella fue quien quiso ir para allá, a correr un riesgo del cual ella no tenía ni idea de lo que se enfrentarían. Se levantó de la cama y caminó hasta la cocina, se sirvió una taza de café frío del desayuno y lo probó.

“Qué asco” pensó, “El café frío es asqueroso”. Dejó la tasa a un lado del fregadero y se dispuso a volver a la cama, pero de repente, se le vino un pensamiento a la cabeza.

Ella deseaba tomar café, pero estaba frío, ¿por qué no calentarlo? Se devolvió hasta donde lo había dejado y lo sostuvo, prendió la hornilla de la cocina y vio que no se encendió. “El gas debió haberse acabado, Luca debería cambiarla en lo que se despierte”.

Nuevamente se dispuso a volver a la cama, y nuevamente, otro pensamiento le vino. “¿Por qué tiene que cambiar el gas él? ¿Por qué no lo hago yo?... No, qué va, nunca he hecho eso... Pero, por otra parte... ¿qué tan difícil puede ser?... ¡yo quiero tomar café!”

Salió de la casa y caminó hasta el cuarto anexo a la misma, donde se encontraba el calentador de agua y la toma de las bombonas de gas. Abrió la puerta y vio como una rata de campo salía desesperada cruzando entre sus piernas, ahogó un grito de asco y entró al pequeño cuartito.

Vio la bombona de gas conectada y otra a su lado, supo que lo que debía hacer era sencillo, desconectar una y conectar la otra. Un miedo infantil

la invadió, ¿y si hacía algo mal? ¿Y si hacía que la casa explotara?

Se escuchó a sí misma y se sintió estúpida, “¿cómo no puedo hacer algo tan sencillo?”. Despejó su mente y cerró la bombona de gas conectada, que era casi de su tamaño; empezó a desenroscar la toma y le llevó varios intentos aflojarla.

Una vez logrado esto, se vio la palma de la mano sonrojada por la presión y la fuerza que tuvo que aplicarle, le dolía muchísimo, pero sintió que aquel dolor le daba fuerzas. Conectó la otra bombona que estaba al lado y empezó a apretar, “aquí es donde corremos peligro, tengo que apretarla lo suficientemente fuerte para que no exista ninguna fuga”.

Sarah apretó con todas sus fuerzas, y cuando sentía que ya no podía más, siguió apretando hasta quedar exhausta. Salió del cuarto y se regresó a la cocina. Tenía miedo al encender la hornilla, ahí es donde demostraría si su osadía había valido la pena. Al cabo de unos minutos, Sarah estaba sentada en la mesa saboreando aquel café, y nunca le había parecido tan sabroso.

Igual que con la idea de cambiar la bombona de gas, estando sentada en la mesa de su casa, se le ocurrió otra idea. Tomó su chaqueta, se la colocó y se dispuso a salir a hacerle una pequeña visita a Pietro.

Sarah no tenía totalmente claro de la ubicación, solo sabía que Luca le había comentado que esa era la casa de viejo cuando venían de regreso del mercado en una ocasión; solo tenía que caminar derecho un par de kilómetros hacia el este.

¿O sería hacia el sur? La verdad, no le importó mucho, solo caminó hacia donde sus pies la llevaron. Sabía que iba a tener que caminar bastante, tal vez mucho más de lo que había caminado desde hacía mucho tiempo.

Empezaba a hacer frío, el sol se estaba ocultando poco a poco; donde en otro momento de su vida hubiera podido sentir miedo, esta vez se sentía motivada, dispuesta a todo; el atardecer adornaba sus pensamientos y se detuvo un momento a observarlo. “Qué bello esto” pensó “Ojalá Luca estuviera aquí para que lo viera”.

Lamentó no haber llevado la cámara, aunque nunca la había usado, en ese momento lo hubiese intentado, “Habría sido un bonito regalo para Luca, una foto de este atardecer”. Bajó la mirada y observó sus pies recorriendo la tierra seca, como el suelo se desplazaba debajo de ella, sus pensamientos se

desvanecieron y entró en un estado casi hipnótico, se perdió en su propiamente.

No supo cuánto tiempo estuvo caminando, pero una frase del exterior la sacó de su estado de concentración:

-¡Hay, muchacha! Si sigues caminando así llegarás al próximo pueblo, a treinta kilómetros de aquí.

Sarah se sobresaltó y levantó la mirada, vio que el sol casi se perdía en el horizonte y que la noche se hacía cada vez más prominente. Aun lado de la carretera por la que transitaba estaba un viejo sentado en una mecedora, en el porche de una casa vieja y mal pintada de madera.

-¡Pietro! – Exclamó Sarah – no estaba segura si venía en la dirección correcta.

- Y parece que no te importaba mucho.

- Este... bueno... supongo que no, me distraje viendo... no lo sé, el suelo.

- Es un bonito suelo el que se ve por aquí.

Ambos se vieron y sonrieron, Sarah había perdido un poco el miedo que le producía ese señor, siempre tan sereno y misterioso, esta vez no le importó.

-¿Puedo sentarme? – dijo señalando la silla de mimbre ubicada al otro lado del porche.

- Solo si no temes que se rompa esa vieja silla y caigas al suelo – dijo el viejo con una sonrisa en el rostro.

- Hoy es un buen día para tomar riesgos.

- Vivir es un gran riesgo, y es algo que hacemos todos los días.

- Sí, pero no todos los riesgos tienen la misma cantidad de riesgo.

- Tendrás que explicarme eso.

- No es lo mismo tomar el riesgo a sentarse en una silla vieja que el de cambiar una bombona de gas.

- ¿Por qué no?



- Bueno, porque en uno solo te puedes caer y darte un buen golpe, en el otro, ¡puedes hacer explotar la casa!

- Eso depende de que tan alta sea la silla donde te sientes.

Ambos volvieron a compartir una sonrisa amena. Sarah se inclinó hacia adelante en la silla y observó el camino.

- No es lo mismo arriesgarse a caminar en la dirección equivocada a...

- Comprar una granja y depender de ella para sobrevivir.

- Sí, algo así, supongo.

Sarah empezó a entristecerse, recordó el estado en el que se encontraban y que tal vez en un par de semanas tendría que volver a la ciudad, pidiéndoles ayuda a sus padres para no morir de hambre.

- ¿A qué le temes?

-¿A qué le temo?

-Sí, en estos momentos.

La muchacha se quedó en silencio por unos minutos, no sabía que contestar, se dio cuenta de que le temía a muchas cosas, pero no pudo evitar que solo había una respuesta correcta, intentó pensar lo más que pudo, sintiéndose de nuevo como una pequeña de colegio siendo interrogada en un examen oral.

- Le tengo miedo a perder.

- ¿Estás segura de tu respuesta?

Sarah sintió que le había leído los pensamientos, ¿estaba segura de la respuesta? Sí, ella pensó que sí.

- Sí, creo que todo se puede resumir en eso.

- ¿Y cuántas cosas no has ganado por ese miedo a perder?

Aquella nueva pregunta dio en el clavo, en menos de cinco segundos hizo una reinterpretación de toda su vida y lo que aquella visión que le había dado Pietro significaba.

- Este... - balbuceó un poco, nerviosa – no lo sé, supongo que más que las que he ganado.

- Esa es una respuesta muy sabia – dijo el viejo observando a la carretera – ahora solo queda una pregunta más por hacer.

- ¿Cuántas cosas más perderé por mi miedo a perder?

- Muy bien – dijo Pietro y Sarah se sintió feliz, como si hubiese aprobado un examen – Teniendo las preguntas claras es más fácil encontrar las respuestas.

- Señor Pietro, ¿cómo lo hace?

-¿Hacer qué?

- Vivir aquí; quiero decir: usted es un señor muy viejo, sin ánimos de ofender, y vive aquí solo, y sus cosechas le dan para vivir, no tendrá muchos lujos, pero vive dignamente. Mi esposo y yo somos una pareja joven, y somos una pareja, y desde que empezamos a trabajar en nuestra granja, nada ha salido bien... la verdad es que estamos a punto de rendirnos.

- Los jóvenes ven el fracaso como algo malo. En realidad, el fracaso no existe, solo es un peldaño que se supera hacia el verdadero éxito, solo que este se tarda un poco más, y no están acostumbrados a ver tan lejos.

- No sé qué me quiere decir.

- Ahí tienes otra pregunta, que debes buscar la respuesta.

- Pero, tal vez usted podría ayudarnos, decirnos algo en concreto...

- ¿La verdad crees que yo hago algo distinto a ustedes?

- Al parecer no... pero a usted le va tan bien...

- No hay secretos, solo disposición para hacer las cosas.

- ¿Disposición?

- Exactamente, tal vez deberías preguntarte: ¿Qué puedes hacer tú para cambiar lo que quieres cambiar?

- Yo no puedo hacer nada que ya no haya hecho, lo he intentado todo, a veces siento que soy una carga para Luca, creo que lo retengo de alguna manera...

- Puede que ya tengas la pregunta; ahora, ¿cuál es la respuesta que deseas? ¿La que te hará sentir bien pero no te ayudará, o la dura que te hará

cambiar?

- El cambio no siempre es bueno.

- Tal vez ahí está el problema, y el planteamiento a una nueva pregunta.

- Ya no podemos más, hoy tuvimos una discusión horrible, nunca habíamos peleado de esa manera... creo que es este lugar que no nos quiere...

- ¿Crees que si este lugar no te quisiera, tu hubiese regalado la bella tarde que te regaló hoy?

Sarah se quedó reflexionando unos minutos.

- Sí, de verdad, no recuerdo haber visto un atardecer tan bonito como el de hoy.

- Creo que ya es hora de que te marches, Luca estará preocupado.

- Sí, es mejor que me vaya – comenzó a levantarse de la silla y bajar las escaleras del porche - Caminaré derecho hasta llegar, espero no pasarme mientras veo el suelo – ambos volvieron a compartir una sonrisa – Muchas gracias señor Pietro, es usted una persona muy sabia.

- Hasta luego Sarah – dijo levantándose de la mecedora – tal vez sea momento de que empieces a escribir ese libro que tienes en mente.

Sarah caminó unos cuantos pasos y se detuvo en seco.

- ¡Oiga! – Dijo mientras volteaba la mirada hacia la casa que estaba a su espalda - ¿Cómo sabe usted de mi libro?

Pero cuando terminó de girar sobre sus talones, el hombre ya no estaba, solo alcanzó a ver el último movimiento de la mecedora antes de detenerse por completo.

“Qué señor tan místico y... raro” pensó “Saber las preguntas hará más fácil el encontrar las respuestas... parece una frase de un libro de autoayuda... Aunque creo que tiene razón...”

Bajó la cabeza y caminó por aquel camino que ya había transitado, vio sus huellas en dirección contraria a la que llevaba en esos momentos y trató de no pisarlas, como si fuera para no dañar su pasado. Ya estaba de noche, y las estrellas en el firmamento mostraban su resplandor.

## IX

Y esa reunión marcó un punto de cambio en la vida de Sarah, y por ende, en la vida de Luca también.

Al llegar a su pobre granja, y después de explicarle a Luca, con pocas palabras cómo había pasado la tarde, preparó la cena con la misma actitud pesimista y derrotista que la había acompañado durante los últimos días, pero su cerebro no dejaba de maquinarse miles de pensamientos nuevos; pensamientos que le causaban y poco de miedo e intriga, pensamientos que nunca se había atrevido a tener, que se salían de su zona de confort, pensamientos nuevos.

Luca la sentía más distante de lo normal, pero no se atrevía a reprocharle nada, el sentido de culpa lo atormentaba por haberle gritado, por haber perdido el dominio de sí mismo y haberla descargado con su pobre esposa.

Esa noche fue una noche más de aquel triste período de sus vidas, pero sería la última. Al acostarse en la cama, Luca le dio un beso en la mejilla y se durmió rápidamente; pero Sarah mantuvo los ojos abiertos, viendo más allá que el techo que tenía sobre sus narices.

Veía el futuro, o lo que podría llegar a ser si podía llegar a materializar todos aquellos pensamientos nuevos que se desprendieron de la conversación con el viejo Pietro.

Pensó y pensó, se sentía cansada y con pesadez, pero la ansiedad no le permitía conciliar el sueño, se sentía como la noche antes de su graduación, o la noche antes de su boda con Luca; esa extraña sensación de que un cambio importante se acerca y que estás a solo pocas horas de dejar tu antigua vida y empezar una nueva.

Viéndolo ahora de esa manera, se preguntó por qué no se había sentido así la noche antes de partir a la granja, tal vez era porque subconscientemente sabía que su vida no iba a cambiar. ¿Su vida o su actitud? Sería lo mismo, pero estarían en otro lugar; pero al fin y al cabo, sería lo mismo.

Estaba clara de algo: lo que tenía que cambiar no era su casa, no era

salir de la atareada ciudad para meterse en un inhóspito paraje a las afueras de un pueblucho desconocido, tampoco era cambiar un maletín de oficina por un saco de abono para las plantas o su acostumbrada pizza de viernes por la noche por un plato de cereales y leche de vaca cien por ciento orgánicos; lo que era verdaderamente necesario cambiar era su actitud, y pensó en aquella frase cliché y gastada que había escuchado toda su vida “todo es cuestión de actitud”. Tal vez era cierto, y lo probaría en lo que saliera el sol.

De tanto darle vueltas a la cabeza, se quedó dormida sin darse cuenta. Sentía que flotaba en la oscuridad, que pendía de un hilo. El sueño en que se sumió fue tan ligero que sus pensamientos siguieron rondándole en el subconsciente; soñó con Pietro, con su casa, con el camino hasta llegar a ella, el hermoso atardecer, sus huellas en el camino, con Luca. Soñó que su esposo se iba, pero ella se aferraba a él y no lo dejaba irse, hundiéndolos a los dos en una profunda oscuridad.

El sol entró por la ventana y le pegó de lleno en la cara a Luca. El muchacho se desperezó y tanteó, aun con los ojos cerrados, por la cama en busca del cuerpo de su esposa y al no sentirla por ningún lado, abrió los ojos de repente.

Efectivamente, la muchacha no se encontraba en la casa, lo cual le pareció muy extraño. Vio que el armario estaba abierto al igual que la gaveta destinada para la ropa de Sarah, caminó hacia la cocina y pudo notar los rastros de su mujer, preparando el café, friendo unos un par de huevos, cortando el pan con las manos y saliendo a toda prisa de la casa.

“Qué extraño” pensó Luca. “¿A dónde habrá ido?” salió de la casa estando en ropa interior y dirigió la vista hacia el horizonte, pudo ver una pequeña silueta casi indefinible a lo lejos, “¿Será ella?”. Decidió meterse en casa, vestirse, prepararse lo mismo que Sarah para comer y salir a buscarla.

Aquella pequeña silueta si era Sarah, y se dirigía con todos los ánimos a comenzar a trabajar, a materializar sus pensamientos y redefinir sus funciones en la granja.

Y lo logró.

Al cabo de unas semanas, la granja empezaba a tener una mejor pinta, y al cabo de unos meses, empezaron a llevar al mercadillo del pueblo su primera cosecha. Sarah se encargó de la siembra, escogió otro tipo de

semillas y de fertilizantes, no porque alguien se lo hubiese dicho, simplemente porque le pareció lo correcto, podría decirse que ella siguió su “instinto femenino”, o eso era lo que le decía a Luca cada vez que éste le preguntaba el por qué de alguno de los cambios que le planteaba.

Al principio, sintiéndose escéptico totalmente, no le dijo nada y dejó que siguiera adelante, total, él ya se había mentalizado que volverían a la ciudad, no iba a empezar una discusión como el día aquel. Pero para su sorpresa, el cambio ejerció efecto positivo y las pequeñas plantas empezaron a crecer como nunca lo habían hecho.

Al parecer, existía una relación entre el tipo de suelo y el tipo de fertilizante utilizado que afectaba de manera directa al cultivo, eso y otra cháchara pseudocientífica que le explicó el vendedor cuando volvieron a ir por más productos; él pensó que estaba tratando de venderles humo con aquellas floridas palabras, pero tal parecería que era cierto, y Sarah lo había notado.

Al tener aquel pequeño triunfo, Luca dejó más decisiones a manos de Sarah, el tipo de riego, el no utilizar repelentes químicos, incluso la marca de las herramientas que utilizaban, botando las viejas (que aun estaban nuevas) alegando que “eran muy feas y no les daba buena espina”, Luca casi se echó a reír al escuchar estas palabras, pero una vez más tentó a la suerte quedándose callado, y nuevamente la muchacha salió victoriosa.

Todo marchaba perfectamente, se notaba el crecimiento día a día de las plantaciones, así que él se relajó y empezó a brindarle más confianza a su mujer, dejándole más espacio y responsabilidades, hasta el punto en que el solo se limitaba a seguir las órdenes.

Sarah parecía que hubiese pasado toda su vida en el campo, en poco tiempo logró acumular una gran cantidad de conocimientos y dirigía los movimientos como toda una coronel al frente de un batallón.

Al despertarse por las mañanas, se sorprendía al ver los campos verdes por todos los pequeños tallos que crecían de suelo, alejándose de él hacia el cielo, al pasar unos cuantos días, ya no eran solo verdes, sino de diversos colores que correspondían a las flores de cada uno de aquellos cultivos, se sentía como si tuvieran el jardín más grande de la ciudad.

Incluso, los árboles que ya habitaban en la granja desde hace mucho

tiempo antes de que ellos llegaran, comenzaron a dar frutos de la noche a la mañana: manzanas, peras, duraznos, parecía casi mágico; al parecer, el aumento de cultivos en la zona atraía a las abejas y a otros elementos polinizadores naturales, activando nuevamente el sistema de reproducción de aquellos árboles que estaban dormidos, o eso fue lo que les dijo el vendedor de la tienda un día que se encontró a Sarah y a Luca admirando aquellas pequeñas frutitas gestándose en las frondosas ramas.

Sarah no se había permitido parar su mente para admirar lo que habían logrado, era como si estuviera en los últimos metros de una carrera y mantenía los ojos cerrados para concentrar las fuerzas hasta cruzar la meta.

No se había tomado el tiempo para evaluar si lo que estaba haciendo estaba bien o mal, simplemente se dejaba llevar por su nuevo instinto, y éste le decía que debía continuar como había estado haciendo.

Aunque sí sentía una gran ola de seguridad, sobre todo porque notaba como la actitud de Luca había cambiado hacia ella, cambiado en el buen sentido de la palabra, ya no se sentía como la niña indefensa y dependiente, y esto solo la motivaba a seguir más enfocada; ya no dudaba a la hora de delegarle una actividad a su esposo, ni sentía aquel miedo infantil de tratar con el señor de la tienda, en cambio, más de una vez llegó a reñir con él por unos variaciones entre el precio de la factura y el que ella había calculado mentalmente y le hizo entender a aquel señor que ya no era turistas con los que podía efectuar sus pequeñas estafas.

Pietro siempre se paseaba por los alrededores y los esposos lo saludaban muy cordialmente, invitándolo a tomar algo después del almuerzo, donde siempre tenían un par de horas libres antes de seguir recorriendo las grandes extensiones de campo, pero el anciano se excusaba diciendo que se les veía muy ajetreados y no quería incomodarlos.

Así fue durante todo este periodo, pero cuando se acercaba el momento de recoger los frutos de su trabajo, fue él mismo quien se coló en la casa y los esperó a la entrada hacia las últimas horas de la noche.

Se quedó a charlar con ellos durante un par de horas, los felicitó por el excelente trabajo y mostró su percepción de que todo iba muy bien, que ya era hora de hacer la primera recolecta, y los instó a buscar a alguien que los ayudara, tal vez el joven muchacho del vendedor podría ser de utilidad.

Sarah y Luca se sorprendieron porque pensaban que aun le faltaban unos días a los cultivos, pero Pietro fue tajante con eso, y les dio el número personal del vendedor para que lo llamaran esa misma noche.

Para la mañana siguiente, el pequeño muchacho estaba con ellos recogiendo todo lo que habían sembrado. Quedaron en pagarle un precio que ellos consideraron adecuado, con el temor de que fuera muy poco y el pequeño se sintiera ofendido, cosa que no sucedió y se sorprendieron al ver que era mucho más de lo que él esperaba.

Así que habiendo establecido esto, comenzaron la cosecha; Pietro les prestó su camión para facilitar el traslado, y a lo largo del día, tuvieron que hacer numerosos viajes para llevar todos los cultivos hasta el granero y volver, hasta haber cubierto todas las hectáreas. Al finalizar el día, el silo estaba hasta el tope y presentaba un gran espectáculo olfativo.

Por un momento, los tres se detuvieron a la entrada de aquel almacén y observaron todo lo que habían logrado ese día, era maravilloso de verdad. El niño, que había revelado su nombre, Frank, les dijo que nunca había visto una cosecha como esa, en sus doce años de experiencia, y de vida. “Parece obra de magia, ¿acaso la gente de la ciudad tiene poderes mágicos?” les dijo y se echaron a reír.

Al día siguiente, con ayuda de Pietro, lograron conseguir un puesto en el mercado general del pueblo. En aquel lugar, varios encargados de restaurantes de las ciudades más cercanas iban a comprar productos al mayor para sus empresas, y varias personas para su consumo personal durante el mes, por lo que hacerse con un puesto era un gran privilegio.

Ese día lograron recolectar una gran cantidad de dinero, no cabían dentro de su asombro, de inmediato fueron reconocidos por los lugareños como los nuevos productores, e incluso les llegaron propuestas de para formar asociaciones de clientela exclusiva, a lo que respondieron que debían pensarlo mejor en casa.

Al terminar el día, pagaron lo correspondiente al alquiler del puesto de venta, al pequeño ayudante y a Pietro, este último rechazó tajantemente lo que le habían ofrecido alegando que los favores no se cobran y que a él no le hacía falta el dinero.

Un cálculo rápido arrojó cifras muy significativas, lo cual cubría



completamente toda la inversión que habían hecho y unos altos márgenes de ganancia, incluso, con la mercancía que les quedó (porque sí, fueron tantos sus productos que no lograron venderlos todos) podrían usarla ellos mismos y así ahorrarían gran parte del dinero de su comida.

Regresaron a su casa en compañía del viejo Pietro y se dispusieron a tomar una taza de chocolate caliente, mientras veían las estrellas en el firmamento para celebrar la indiscutible victoria que habían tenido.

Un par de horas después, ya muy entrada la noche, el viejo se despidió y la joven pareja entró a sus aposentos e hicieron el amor fogosamente como no lo hacían desde hacía mucho tiempo, sin estrés, sin el temor de cuentas por pagar, ni enfermedades imprevistas, sin guardarse recelos uno con el otro.

Al día siguiente comenzaron de nuevo los preparativos para las nuevas siembras, calcularon los tiempos de gestación de los frutos, la nueva inversión en fertilizantes, semillas, sistema de riego, todo lo necesario, y partieron con todos los ánimos a continuar con el trabajo.

Sarah estaba empezando a pensar en grande, ampliar las zonas de cultivos, sembrar más árboles de frutas, agrandar el granero, incluso empezar a criar animales, para lo cual necesitarían personal extra.

Ambos, trazaron planes a futuro, sabían que lo podrían lograr y que para un par de años podrían ser unos productores a nivel nacional, registrar su propia marca y procesar sus productos, no solo vender materia prima. Estos planes hicieron que fueran más unidos que nunca y podría decirse que vivieron quince meses de mucho trabajo, pero quince meses donde fueron muy felices.

Al paso de estos quince meses, habían contratado a varios ayudantes y automatizado varios procesos de riego, por lo que a ellos les quedaban varias horas libres al día, haciendo la mayoría del tiempo trabajo administrativo. Con esta nueva distribución laboral, donde no dejaron disminuir sus ganancias, cada uno de ellos comenzó a retomar sus pasatiempos favoritos.

Luca regresó a la fotografía, fotografiaba la vida del campo, los atardeceres, la vegetación, los animales de los alrededores; sin habérselo planteado, logró material para hacer una exposición fotográfica, algo como una especie de documental sobre la vida campestre de la región.

Esta idea se la sugirió la chica del negocio donde imprimía sus fotografías, y ella misma le encontró un lugar en el mismo pueblo para hacerla. Dicha exposición alcanzó cierto nivel de fama, atrayendo a los turistas que visitaban el lugar, y la gente del pueblo se sentía muy complacida al ser representados por tan bellas fotografías.

Por otro lado, Sarah era una mujer distinta, segura y confiada en sí misma. Llegó a obsesionarse un poco por el trabajo de su granja, pero al recordar la experiencia que había vivido su esposo, la cual los hizo marcharse de la ciudad, recapacitó, y fue por eso que realizó las gestiones necesarias para contratar a trabajadores extras que hicieran el trabajo pesado.

Su tiempo libre lo tomó por escribir la novela que se había planteado desde hacía tanto tiempo, antes, le había dado miedo empezarla a escribir, pero ahora, después de levantar un imperio agrónomo prácticamente de la nada, emprender ese nuevo proyecto no le daba miedo sino que le infundía una profunda pasión. Así que comenzó: una novela basada en las tragedias griegas.

Teniendo la inspiración necesaria después de releer todos los libros que había leído en la universidad acerca del tema, logró escribir varios capítulos en un par de semana, y todas las noches, luego de lo que se había vuelto la partida de ajedrez diaria de Pietro y Luca, les leía los avances que había hecho durante el día.

Aquellos hombres le daban sus puntos de vista sobre los personajes y abrían grandes discusiones sobre la trama y los vuelcos que debería dar para hacerla más interesante, haciendo que la muchacha se replanteara algunas ideas sosas y afinando otras. La novela iba quedando muy bien, Sarah ya podía verse caminando a la editorial de la ciudad para pedir que publicaran su primer libro.

## X

- Hola, querida – dijo Luca entrado a la casa al ver a Sara ensimismada escribiendo en el portátil.

- Hola, no puedo hablar ahora mismo, espera que... - el sonido del teclado terminó la frase.

- Tranquila, solo venía a dejar mi chaqueta, voy a ir al pueblo con Pietro, nos vemos más tarde.

Como todos los domingos en la tarde, luego de la media jornada de trabajo, Sarah se enfrascaba en su libro y dejaba volar su imaginación y frustraciones durante cuatro horas seguidas.

Al principio Luca intentaba sacarla de este retiro, pero se dio cuenta que era lo que la hacía feliz, y aprovechaba este tiempo para hacer fotografías; pero ese día no tenía ganas de trabajar en su hobby, y convino al anciano para que lo acompañara al pequeño bar del pueblo.

Pietro lo pasó buscando en su destartalada camioneta, el muchacho se montó e hicieron el recorrido en silencio. Sarah nunca se había dado cuenta entre la tensión incómoda que existía entre el viejo y su esposo, ellos actuaban muy bien cuando se encontraba con ella, para no despertar la más mínima sospecha.

- Parece que todo va de acuerdo al plan – dijo Pietro en el bar con un vaso de whisky al frente de él.

- Al parecer, sí – contestó Luca con la mirada clavada en la mesa, con actitud taciturna y melancólica.

-Sabías que llegaríamos a esto, es más, tú eras el que lo quería.

-Lo sé, pero no es fácil dejarlo ir, empiezo a cuestionarme si fue la decisión correcta, tal vez debí acabar aquel día en la carretera.

-Yo te di a escoger, tú decidiste, ya no hay tiempo para arrepentimientos, ya has agotado todo el que no tenías.

-Lo sé, lo sé; pero, Sarah... no sé si aún está lista, no sé si ella vaya a poder...

-Entiendo tu preocupación, pero cada quién tiene que aprender por sí mismo, ya has hecho mucho por ella y debo confesar que te he dado más privilegios de lo que suelo otorgar normalmente. No tengo el derecho de opinar nada sobre Sarah, aún no es su momento, aun no me toca decidir sobre ella, pero sobre ti, ¡vaya! Sí que puedo.

>>Han sido unos bellos días, lo admito, y respeto tu valor de hacer las cosas; la mayoría de las personas se rinden y se dejan llevar muy rápido, total, piensan que ya cumplieron con sus deberes. Pero tú fuiste distinto, y estoy seguro que Sarah sabrá apreciarlo.

- Pero... creo que aún necesito un poco de tiempo para...

-Adiós, Luca – dijo Pietro levantándose de la mesa – Tendrás todo el camino hasta tu casa para pensar bien las cosas, solo te diré que ya el tiempo se agotó, solo te toca decidir qué hacer con los escasos vestigios que quedan.

Luca vio como el hombre salía del local, la tristeza lo invadió y trató de desahogarse con la etiqueta pegada en la botella de su cerveza, arañándola lentamente mientras el bar se iba quedando cada vez más vacío. Al terminar, se levantó de la mesa, pagó la cuenta y se marchó; era una noche calurosa y húmeda, y pasaría alrededor de una hora para llegar hasta su casa caminando.

No quería pensar, no quería encontrarse en compañía de sí mismo, pero ya estaba cansado de evadir, de sentir la presión tácita sobre los hombros que se le atribuye a los deberes que aún no han sido culminados, así que no le quedó más opción que pensar.

Durante todo el trayecto dejó que su mente se desbocara hacia lo más profundo de su dilema, y para cuando había llegado a casa ya tenía una resolución formulada.

- ¡Cariño, llegaste! Tuve una tarde muy productiva, logré resolver el problema de la otra noche, ahora sí tengo el camino libre para resolver el final de la historia – le dije Sarah muy emocionada al verlo entrar, llevaba una hora desde que había dejado de escribir y se encontraba sentada viendo las estrellas, esperando que su esposo llegara para darle la gran noticia de su avance dramático - ¿Quieres que te lo lea?

- No, hoy no, no me encuentro de humor, creo que me acostaré.

Sarah no atrajo hasta ella y lo sentó en sus piernas.

-¿Pero por qué estás tan soso? Tengo ganas de celebrar – dijo con picardía mientras acariciaba el cuerpo de Luca incitándolo a hacer el amor.

Luca, pensando en las palabras de Pietro y en lo que había pensado en la caminata de regreso, decidió que no debería desaprovechar a Sarah, el poco tiempo que le quedaba con ella.

- Sarah, tenemos que hablar.

-¿Qué pasa? Me estás asustando.

- Ven, déjame sentarme a tu lado... listo. Sarah, solo quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti, todo esto lo has logrado tú sola.

-¿Pero qué dices, cariño? Esto lo hemos hecho entre los dos, es nuestra granja.

- No, yo solo no lo hubiera logrado, tal vez ni lo hubiese emprendido desde un principio, todo esto nació de ti.

- Tonto, dejemos esto y aprovechemos lo que nos queda de noche, mañana volvemos a la rutina.

-Te quiero Sarah – Luca fijó la mirada en los ojos de su esposa y ella sintió una energía tal que la descontroló y sin saber porqué, supo que algo no estaba bien, y una pequeña lágrima brotó hacia su mejilla – Te quiero y estoy muy orgulloso de ti.

Se besaron y pasaron al interior de la casa, sin pronunciar palabra hicieron el amor, al igual que lo habían hecho en los últimos meses, placenteramente, íntimo, fogoso y lleno de cariño.

Luca hizo que se recostara sobre la cama y empezó a besarle el vientre, poco a poco fue desabotonando su camisa hasta que sus pechos perfectamente firmes y redondos quedaron expuestos a la humedad del ambiente, los acarició suavemente mientras disfrutaba los dulces gemidos que producía en su esposa, ella le quitó la camisa a su hombre y pasó las manos por sus fuertes pectorales manteniendo cerrados los ojos y concentrándose al máximo en todas las sensaciones que sentía.

Luca se levantó para quitarse los pantalones, y para arrebatarse los de la Sarah para luego empezar a besar su entrepierna y escuchar gustosamente el aumento de los gemidos de placer de ella, le quitó su ropa interior y la lanzó a

un lado de la cama, se postró sobre ella y muy sutilmente la penetró; ambos empezaron a moverse rítmicamente, con la sincronía que logran las personas que se aman, disfrutando la tensión que se producía en sus cuerpos y la pequeña aceleración de aquel movimiento, incitado por la pasión que se gestionaba entre los dos.

Al pasar varios minutos, los cuerpos de ambos llegaron al punto máximo de que podían aguantar, relajando las tensiones y dejando al placer hacer efecto sobre ellos.

Luca se dejó caer al lado de Sarah y la vio a los ojos, esta vez fue ella quien dijo que lo amaba, y sin dejar de verse mutuamente, ambos se quedaron dormidos hasta la mañana siguiente.

- Hola, pequeño dormilón.

Sarah llevaba despierta unos cuantos minutos, viendo fijamente a Luca, esperando a que abriera sus ojos para decirle esa frase.

-Hola, preciosa.

Compartieron una sonrisa y se levantaron, Sarah se quedó sentada en la cama y Luca, luego de ponerse los pantalones, se levantó con dirección a la cafetera de la cocina.

- Pondré la cafetera, ¿Quieres el café solo o con leche?

Y justo al terminar esta frase, Luca se desplomó hacia el suelo.

-¡Luca! – Profirió violentamente la muchacha mientras corría y se abalanzaba hacia su marido en el suelo - ¿Qué sucede?

Lo sacudió violentamente varias veces, pero el pobre Luca no reaccionó a los desesperados intentos de su mujer para reanimarlo.

## XI

Sarah entró en desesperación, no sabía qué hacer y comenzó a llorar mientras Luca seguía tendido en el suelo, entró en un estado de parálisis por unos minutos. Por lo menos la primera vez que su marido perdió la consciencia, ella solo tuvo que ir a verlo al hospital, como había ocurrido en su trabajo, otras personas sí pudieron socorrerlo, pero ella no podía.

La pobre y cobarde Sarah no habría sabido que hacer, igual que ahora. Toda la confianza y autoestima que había logrado en los últimos meses se había desmoronado de un momento a otro, y empezó a cuestionar su propia valía.

Se le arremolinaron tantos recuerdos en su cabeza, fue como por si un segundo hubiese vuelto a su vida pasada, en la ciudad, donde no era capaz de hacer nada por sí misma, porque le daba mucho miedo vivir, temía fracasar más que nada.

Recordó su infancia feliz pero sin emoción, si las pequeñas satisfacciones que sienten los niños cuando logran salirse con la suya después de una pequeña travesura, o cuando llegan a casa luego de haberse escapado en horas de clases a recibir gustosos el regaño de su madres, contentos porque valió la pena.

Y luego en la universidad, siempre amarrada a las normas, lo suficientemente sometida a ellas como para no sobresalir en la clase y siempre obtener un suficiente y mediocre aprobado.

Qué insípida era y qué tonta por seguir siéndolo después de saber que eso era lo que le molestaba de ella misma, era como la metáfora del caballo amarrado a la silla, incapaz de salir a galopar libremente solo porque ve una cuerda que lo amarra a la nada.

Gracias a Dios había conocido a Luca, él había sido el único que la ayudó a salir de su placentera mediocridad; fue quien la llevó a experimentar cosas nuevas, su primer y único amor, el que le enseñó la belleza de las incertidumbres y la emoción de lo desconocido.

Qué bien portado había sido siempre con ella, y ella nunca entendió por qué; sentía que no lo merecía. “Con tantas chicas lindas y exitosas que

hay por ahí, ¿por qué se fijaría en mí?” era lo que se repetía antes de conocerlo, mientras lo veía caminar por los pasillos de la universidad.

Pero contra todos sus pronósticos, terminaron casándose y llevando una vida altamente feliz pese a todas las dificultades, y la verdad es que no importaba, para ella eso era el amor, “ser felices a pesar de las dificultades”.

Pero en ese momento no era feliz. La persona que más quería y la que más le importaba en la vida estaba allí, tendida en el suelo a punto de morir. Esto no lo podía permitir, tenía que superar todos sus complejos y hacer algo.

Inspiró profundamente, retuvo el aire por unos segundos y lo expulsó lo más rápido que pudo; sus miedos se habían ido y ya no era consciente de ella misma, solo de lo que tenía que hacer.

Se levantó del suelo y agarró su teléfono móvil, llamó al pequeño consultorio del único doctor que había en el pueblo sin éxito, nadie atendió, cosa que era normal puesto que en un lugar así, eran pocas las emergencias y nadie estaba sentado detrás de un mostrador esperando que el teléfono sonara.

Esto no desanimó a la muchacha, se agachó para intentar levantar a Luca y llevarlo como pudiese hasta el pueblo; logró colocar la mano de él por encima de su cuello y haciendo un gran esfuerzo lo levantó.

Caminó de manera muy intrincada hasta la entrada de la casa, pero la superior masa corporal de aquel hombre hizo que ambos cayeran al suelo justo al sentir el desnivel del suelo de madera con el suelo de tierra del exterior.

Recordó que su vehículo estaba detenido por habersele espichado una llanta así que no perdió tiempo buscando las llaves. Evaluó sus posibilidades y solo se quedó con dos que parecían las más sensatas: la primera era salir corriendo hasta la casa más cercana, la cual se encontraba bastante lejos, a pedir ayuda, pero esto implicaría dejar a Lucas solo en el suelo y esta idea no le gustaba para nada; la segunda no era muy distinta, solo que primero necesitaría buscar algo.

Salió corriendo hasta el granero ubicado al lado de la casa, recorrió todo el interior hasta el pequeño anexo donde guardaban las herramientas y tomó la carretilla, apartó todas las cosas que tenía encima y levantándola por las dos agarraderas, la llevó rodando hasta donde se encontraba su esposo.



Una vez allí, lo levantó hasta colocarlo boca arriba adentro de aquel bendito artefacto, como si fuera un bebé gigante en un rústico cochecito, asegurando la cabeza de Luca con un suéter que había tomado al salir, doblando sus brazos hacia su pecho y dejando sus piernas colgando casi al ras del suelo.

Y así empezó a caminar por la carretera de tierra, con dirección al pueblo, llevando el cuerpo inerte de su esposo. Sentía un fuerte dolor en sus brazos y sus pies se lastimaban por las irregularidades del suelo y la poca protección que sus sandalias le ofrecían, el sudor se le acumulaba en los ojos y le ardía, tenía la boca reseca y un fuerte dolor de cabeza.

Su determinación era más fuerte que todo esto, en otras condiciones se habría dado cuenta que tendría que caminar por más de una hora antes de llegar al pueblo, pero la situación la apremiaba a aferrarse a lo único que podía hacer. Y así lo hizo, sin pensar en el tiempo que se podría tardar ni en los dolores que estaba padeciendo su cuerpo.

Después de a lo que su parecer fue una cantidad enorme de distancia recorrida, Sarah se desplomó en el suelo. Su determinación era fuerte, pero aquel suelo hostil había lastimado sus pies sin que ella se diera cuenta; estando en el suelo vio como sus comenzaba a sangrar.

Y justo cuando iba a perder las esperanzas de nuevo, un ronquido se empezó a oír detrás de ella, se volteó y divisó la vieja camioneta de Pietro. El viejo se apeó y como si ya supiera todo lo que pasaba, cargó a Luca con una fuerza nada propia para una persona de su edad y contextura y lo depositó en la parte de atrás del vehículo.

- Sube tú con él y sujétalo fuerte, será un viaje movido.

Dijo a la muchacha que cumplió velozmente la orden. La camioneta empezó a andar a una velocidad igualmente impropia para aquel cacharro, en un par de minutos estaban en el pueblo.

Como fue de suponerse, nadie se encontraba en el pequeño local llamado hospital, pero al ver la urgencia con que llegaron, la gente empezó a revolotear por los alrededores hasta que el doctor apareció de manera apremiante.

Aunque era un pequeño hospital de pueblo estaba muy bien equipado, y rápidamente entre todos los que se habían acercado con curiosidad de ver lo

que pasaba, bajaron al inconsciente Luca y lo instalaron en la habitación.

- Sarah, tranquilízate, haremos lo mejor que podamos por Lucas – le dijo el doctor a la muchacha que había roto en llanto al ver a su esposo de nuevo encamado en una habitación de hospital – Te recomiendo que vayas con la enfermera para que cure esas heridas en tus pies.

El doctor cerró la puerta tras de sí dejando a Sarah en la recepción, una enfermera la llevó a un pequeño cuarto al otro lado de la habitación donde solo se encontraba una camilla y un botiquín de primeros auxilios. Hizo que se sentara y empezó a lavarle las heridas de los pies.

## XII

-Señora, le dio que es mejor que se marche a su casa a descansar- decía con insistencia el doctor a la pobre Sarah – allá estará más cómoda, su esposo estará bien cuidado, cualquier cosa que pase, yo mismo la mandaré a buscar en la ambulancia.

- ¿Cómo me puede pedir que deje a mi esposo solo en una situación como ésta? – respondió violentamente la muchacha con lágrimas en los ojos.

- La entiendo, pero entiéndame usted a mí, no hay nada que hacer, por los momentos su marido está estable, está durmiendo simplemente.

- Pues ya lleva más de un día durmiendo.

-Sí, la verdad no sabemos a qué se debe, los monitores indica que está bien, sus signos vitales, todo... - el doctor empezó a vacilar – pareciera que estuviera en un estado de coma.

-¡Y así quiere que me marche!, vaya por Dios.

- Sarah, escúchame – Dijo el doctor rompiendo todo el trato profesional y sujetándola por los brazos – Si Luca está en coma, con más razón deberías irte, no hay nada que puedas hacer.

Sarah pareció entender. Llevaba casi treinta horas desde que había visto como Luca se desmayaba al frente de ella, el cansancio le empezaba a pasar factura sobre su cuerpo: sus párpados le pesaban, la cabeza le dolía y tenía un fuerte dolor de garganta. Sin embargo no dijo nada, se quedó pasmada viendo el suelo de aquel hospital rupestre.

- Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, pero será mejor que descanses en un lugar mejor que esa pobre camilla.

Habiendo dicho esto, el doctor pasó del vestíbulo al cuarto donde se encontraba Luca. Sarah vio como hacía un chequeo general a los monitores y se sentaba en la silla que estaba al lado de la cama a releer por octava vez el expediente del muchacho. Ella se sintió desamparada, estaba sola, sentía como si en aquel pueblo no hubiese nadie que tuviera ninguna obligación para ella.

Sin despegar la mirada del suelo, salió de aquel edificio en el momento

en que el sol empezaba a ocultarse, ¿qué podía hacer? No se le pasó por la mente pedirle ayuda a nadie del pueblo para que la llevara hasta su casa, sin embargo había mucha gente dispuesta a hacerlo pero ella no pudo darse cuenta.

Fue caminando casi inconscientemente hacia el bar se detuvo en la entrada, pensó que había pasado mucho tiempo desde que entró a un bar sola, desde antes de conocer a Luca. Al atravesar el umbral del local, sintió como un golpe en la cara el nuevo ambiente, húmedo, frío y maloliente a cebada y whisky; se sentó en la barra y pidió un vaso de agua.

El cantinero, amigo de Luca le sirvió lo que le había pedido, su miedo a una reacción violenta por parte de la muchacha le impidió hablarle, esperó que terminara la bebida para ofrecerle llevarla a casa.

Sarah movió afirmativamente la cabeza y comenzó a llorar. Billy, salió de detrás de la barra y la guió hasta la puerta, ayudándola posteriormente a subirse en su camioneta. Para ambos fue un trayecto muy largo donde no se dijeron palabras, solo se escucharon los sollozos de Sarah. Al llegar, le agradeció y entró rápidamente a desplomarse sobre su cama a llorar.

Estaba tan cansada que no pasaron más de cinco minutos antes de que se durmiera sumiéndose en un sueño intranquilo. La mezcla del cansancio y la tristeza hizo que tuviera una pesadilla muy vívida, haciendo que se despertara bruscamente, cuando abrió los ojos ya era de día.

Revisó su teléfono y no tenía ninguna llamada ni ningún mensaje de texto, por lo menos eso significaba que no había pasado nada. Se metió en la ducha y se restregó fuertemente con la esponja, viendo como la mugre se desprendía de su cuerpo y terminaba deslizándose por la alcantarilla.

Estaba como en un estado catatónico, su mente vagaba sin posarse en ningún pensamiento preciso, solo sentía tristeza, desolación y miedo. Mucho miedo.

Salió del baño y se vistió lentamente, se puso su ropa de salir, dispuesta a dejar su morada después de cualquier señal que le diera su móvil. Por un cuarto de hora se sentó sin hacer nada más que ver el artefacto postrado en la cama, tan inmóvil como indiferente. Luego de ese tiempo, la ansiedad la empezó a consumir y se vio en la necesidad de mantenerse ocupada con algo.

Extrañamente no tenía hambre y sabía que no tenía la capacidad de concentración como para ponerse a escribir o a releer su novela, dio vueltas alrededor de la casa sin muchas esperanzas de calmar su desazón.

De pronto, vio sobre la pequeña biblioteca que tenían al lado de la cama un libro que nunca había visto, sintió una urgencia de ver de qué se trataba, se acercó rápidamente y lo tomó, pero antes de abrirlo se sentó sobre la cama.

Era un libro forrado con un papel de plástico y transparente, la verdad que no parecía un libro, sino más bien una carpeta de oficina. Su corazón empezó a latir fuertemente antes de que lo abriera y se quedara sorprendida por lo que se encontraba en su interior.

Lo primero que vio Sarah al abrir la primera página de aquel misterioso libro la hizo ahogar un grito, eran unos ojos, los suyos. Había una fotografía de ella, la que había tomado Luca los primeros días de haber llegado a la granja.

Fue pasando las páginas y se dio cuenta que estaba repleto de fotografías tuyas, un álbum hecho por Luca, completamente con ella. Se vio escribiendo su novela en un día lluvioso, caminando hacia los sembradíos, caminando desnuda de la cama a la cocina, tomando el café sentada a la entrada de la casa... no aguantó las lágrimas y vio como caían entre sus manos.

Al llegar a la última fotografía, la sangre se le heló de repente. Era una foto del accidente el día en que llegaron. Estaba tomada desde el suelo y se veía el coche estrellado contra el árbol, y en el fondo, muy distante y oscuro había la figura de un hombre, un anciano, mejor dicho, era Pietro.

Sarah sabía que era él, y sabía que había sido imposible que esa foto la tomara Luca, él estaba manejando y la cámara estaba guardada.

Devolvió las páginas y revisó con más atención las fotografías y casi lanza al suelo el libro al percatarse de que en todas, de alguna manera muy sutil, podía encontrar la imagen del viejo: bien fuese en el reflejo del vaso sobre la mesa, o detrás del árbol que se ve desde la entrada de la casa, incluso en una esquina del espejo de su habitación. Sarah quedó paralizada, él no había estado en ninguno de esos momentos.

¿Qué significaba todo aquello?

¿Qué debía hacer o pensar?

Una ola de frío le recorrió la espalda. Tenía que hacer algo, debía ir a hablar con Pietro. Muy dispuesta a hacer esto, una sensación apremiante la llevó a levantar la mirada, y al hacerlo, el viejo se encontraba al frente de ella, viéndola apaciblemente, como si llevara mucho rato esperando que ella se diera cuenta de su presencia.

## XIII

Luca estaba desconcertado, había sido un golpe muy violento. Después de aquel susto perdió el control del coche y fue inevitable que éste se moviera por su propia voluntad hacia un lado del camino. Todo le daba vueltas, vio que el volante donde había estado su cabeza estaba lleno de sangre.

Volteó rápidamente la mirada para cerciorarse que Sarah estuviera bien; por lo menos no veía sangre a su alrededor. Pasaron varios minutos antes de que pudiera enfocar la mirada, y cuando lo hizo, vio a un hombre al lado del árbol con que habían impactado; era el anciano que se le presentaba en sus sueños.

Se desabrochó el cinturón de seguridad y abrió la puerta del coche, trató de ponerse de pie saliendo del vehículo, pero una vez después de haber tocado el suelo, sintió como su cuerpo se desplomó, ninguna de sus extremidades le respondían y sentía un intenso dolor en el pecho y en la cabeza, dolor como el que nunca había sentido en su vida.

Sentía tanto dolor que se pudo a llorar mientras trataba de levantarse, pero era imposible. Las lágrimas dejaron ser por el dolor que sentía y ahora eran por la certeza que albergaba en su corazón. Al ver que era inútil intentar levantarse, subió la mirada, y para su sorpresa, el anciano estaba justo al lado de él, viéndolo desde arriba de manera indiferente.

- Así que... ¿eres tú? – dijo Luca resignado.

- Sí, lo soy – contestó la muerte con el mismo tono de indiferencia que su mirada.

- Supongo que en el fondo lo sabía, pero no quería aceptarlo.

- Me has hecho dar muchas vueltas para alcanzarte, ¿estás listo para irnos?

- ¿Quién está listo para irse? – soltó una risa incómoda.

- Te sorprenderías al saber cuántos dicen que sí lo están.

La muerte rompió su pose neutral y se sentó en un árbol caído que estaba muy cerca de Luca, apoyó los codos en sus rodillas para adquirir una postura más cerca del suelo, dándole un aire más jovial y amigable. Se quedó

mirándolo, esperando su respuesta.

-Bueno, la verdad es que... - volteó la mirada hacia el automóvil – no lo estoy.

- ¿No estás listo tú para irte o no está lista ella para que te vayas?

- ¿Podrías ayudarme a levantarme? Es un poco incómodo hablar desde esta posición.

El anciano le dio la mano y Luca sintió un resoplido de vitalidad, lo suficiente para poder ponerse de pie y sentarse a su lado.

- Gracias, así está mejor. Creo que yo sí estoy listo, como te dije, creo que lo he sabido desde hace mucho tiempo. La verdad, no le temo a la muerte, pero sí a lo que dejaré tras de mí.

- Es un buen razonamiento.

- Sarah es lo único que tengo y yo soy lo único que ella tiene, tengo miedo de que se desmorone sin mí, que no pueda seguir como...

- Ella no es dueña de tu destino.

- Lo sé, pero... me siento culpable, toda la vida la he intentado de proteger tanto, que ella es como una niña pequeña, que es incapaz de valerse por sí misma y necesita estar apegada todo el tiempo a sus padres.

- Eso no está nada bien.

- Lo sé, lo sé – se sentía un poco de aspereza en su tono de voz – y es culpa mía, en vez de mimarla tanto, debí ayudarla a que aprendiera a ser un poco más independiente. Creo que los mortales confundimos el amor con la necesidad, y la felicidad con la eternidad.

- Nada es eterno.

- También creo que en el fondo lo hice a propósito. Hice que dependiera de mí, para sentirme querido, y que no me dejara nunca – el muchacho bajó la cabeza y quedó en silencio unos minutos, luego, entre una sonrisa exclamó - ¿Sabes? Nunca pensé que ella se interesaría en mí, siempre estaba metida con sus libros, sin hablarle a nadie, distante, apática... por eso, cuando nos casamos, me prometí no dejarla nunca, para que no volviera a ser esa chica tímida y retraída, pero solo lo dejó de ser para mí, nunca supo integrarse a la sociedad.



- Y es momento que le enseñes esa última lección, y la única manera en que lo lograrás, es dejando que ella lo aprenda sola.

- Tienes razón, no le estoy haciendo bien.

Ambos quedaron en silencio. Luca comenzó a llorar de nuevo, cayó en cuenta que no volvería a ver a Sarah, ni a oír su voz, ni a sentir su cuerpo. Un frío tenue le subió por la espalda y sintió un vacío en su interior. Le había llegado la hora.

-¡No, espera! – Exclamó nerviosamente mientras se levantaba – necesito más tiempo, por favor... si me voy ahorita, de esta manera, Sarah se sentirá culpable, pensará que todo fue su culpa y se desmoronará – se había arrodillado frente al viejo – por favor, esto no le hará ningún bien.

- Se te ha acabado el tiempo.

- No, por favor – su voz se empezó a apagar haciéndose cada vez más débil y él cada vez más retraído hacia el suelo – necesito más tiempo, necesito... ayudarla...

Cerró los ojos y se quedó tendido en el suelo. La muerte ya no lo veía indiferente, había hecho que aquel joven se diera cuenta de lo que él quería. Hoy no era su día.

## XIV

Luca abrió los ojos y lo primero que vio fue a Sarah. Estaba en la habitación de ese pequeño hospital rupestre. Se sentía cansado y adolorido, pero el hecho de ver a su esposa lo mejoraba muchísimo, sentía una enorme felicidad.

- Hola, dormilón. – dijo ella.

- Hola, preciosa – le contestó con una sonrisa - ¿Cómo has estado?

- No mejor que tú, que has dormido durante dos días – ambos rieron - ¿Sabes que tuve que cargarte desde la casa hasta aquí?

- ¿De verdad? ¿Y cómo has podido?

- No fue nada, me he convertido en una mujer fuerte de tanto sembrar papas y arrear el ganado – se subió la manga de la camisa y apretó su brazo mientras señalaba sus bíceps.

Ambos rieron y se quedaron en silencio viéndose mutuamente, Luca sabía que había llegado el momento.

- Sarah, tengo que decirte una cosa – empezó a decir – esa noche, cuando llegamos... el accidente... yo...

- No tienes que decirme nada, ya lo sé todo.

-¿Cómo que lo sabes todo?

- Pietro me lo contó.

-Pero tú sabes que... él... Pietro... es en realidad...

- Sí.

Se quedaron en silencio otra vez. El sol entraba por la ventana y se reflejaba de tal manera dentro de la habitación que los ojos de Sarah parecían brillar con luz propia, Luca sintió como las lágrimas empezarían a brotar de sus ojos.

- Te amo – le dijo a la muchacha – disculpa por no haberte podido dar más.

- No hay nada que disculpar sino agradecer. Yo también te amo.

Sarah se acercó a él y se besaron. Luego, ambos tuvieron que secarse las lágrimas y ella terminó diciendo.

- Encontré tu recopilación de fotos, ¿cuándo pensabas mostrármelas?

- Nunca sentía que estuviera lista, siempre que te veía pensaba que aún habían miles de fotos hermosas esperando a ser tomadas.

Sarah ojeó las fotos y se percató que la imagen de Pietro había desaparecido de todas ellas. Muy lejos de sentir falsa modestia, ella se dio cuenta de que las fotos eran realmente hermosas.

- ¿Por qué solo hay fotos de mí y ninguna tuya? O por lo menos de los dos.

- Esperaba que pudieras verte a través de mis ojos, para que entendieras todo lo que siento cada vez que te veo.

Sarah rompió en llanto, tanto que se sintió avergonzada y la única manera que pudo contrarrestarlo fue abrazando a su esposo, hundiendo su cabeza en su pecho y sintiendo como los brazos de él la envolvían en un tierno abrazo.

Al cabo de unos minutos, empezaron a ver el álbum fotográfico, apretujados en la pequeña cama unipersonal de aquel hospital, recordando los viejos tiempos, sorprendiéndose de todas las cosas que habían vivido juntos y de cuánto había cambiado sus vidas en las cercanías de aquel pequeño pueblo.

Así pasaron toda la noche.

## XV

Sarah salía de la editorial con la primera copia impresa de su libro, “Dedicado a mi amado esposo, Luca” era lo que se podía leer en la dedicatoria. Cuando lo terminó de escribir, lo envió a una editorial e inmediatamente se habían interesado por él. A los tres meses ya estaban empezando a imprimirlo.

La muchacha se montó en su automóvil y empezó el largo trayecto de tres horas hasta su granja. Por suerte, se había comprado un coche nuevo y viajar en él era de lo más confortante.

Llegó a su casa. La casa que ella sola habitaba desde hacía seis meses difíciles. No era fácil sobrellevar una pérdida como esa, pero al igual que Luca hizo en su momento, Sarah también lo había aceptado.

Llevaba el control de la granja que cada vez se expandía más y más, contaba con un gran número de empleados y estaba en negociaciones para empezar a llevar sus productos a nivel nacional, como empresa registrada; incluso, tenía un par de amigos en el pueblo, con los cuales solía salir los fines de semana.

Su vida estaba cambiando para bien, no es que no hubiera sido feliz con Luca, solo que esta vez, no sentía que lo mantenía atado a ella, solo le quedaba recordar los viejos tiempos y ser feliz cada vez que lo hacía; porque como había escrito al final de su libro:

“Y así, ella entendió el verdadero significado del amor, y después de muchos intentos fallidos, ella logró verse a través de sus ojos”

## ***NOTA DE LA AUTORA***

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

**[Haz click aquí](#)**

**para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis**

***¿Quieres seguir leyendo?***

Otras Obras:

**[La Mujer Trofeo](#)**

*[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)*

*— [Comedia Erótica y Humor](#) —*

**[J\\*did@-mente Erótica](#)**

*[BDSM: Belén, Dominación, Sumisión y Marcos el Millonario](#)*

*— [Romance Oscuro y Erótica](#) —*

**[La Celda de Cristal](#)**

*[Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso](#)*

*— [Romance Oscuro y Erótica](#) —*

## “*Bonus Track*”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

### Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está

algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo



su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de

narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

## **Javier**

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

## La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

*Ah, y...*

*¿Has dejado ya una Review de este libro?*

*Gracias.*